

IMPRESIONES DE UN VIAJE POR ESPAÑA

(1930)

LEIDAS EN EL ATENEO C. L. Y A. DE MAHÓN,
LAS TARDES DEL 13 Y EL 17 DE NOVIEMBRE
DE ESTE AÑO

I

El descubrimiento del Mediterráneo

Para calificar la labor de todo el que quiere mostrarnos lo que de sobra conocemos suele decirse que « nos ha descubierto el Mediterráneo ». Y sin embargo no hay acierto en la censura ni inexactitud en la afirmación.

Porque el Mediterráneo que tantos y tantos conocemos, se descubre todos los días. Desde la orilla, sobre sus ondulaciones ; en días buenos, en días malos ; en un puerto, en otro ; a plena luz, en completa obscuridad ; con su superficie inundada por el sol, con sus rizadas ondas bañadas por la plateada luz de la luna... cada momento en fin, el mar con ser el mismo, nos parece otro, algo distinto de lo que en ocasión anterior contemplamos. Cada día, cada hora, cada instante podemos hacer con verdadera precisión el descubrimiento que tanto se satiriza.

Pero nos hemos limitado a lo puramente externo ; y no está solo ahí el mundo que nuestros sentidos pueden descubrir. El estado del ánimo influye tanto en nuestras observaciones que aun en un mismo instante para distintas personas es distinta la consideración que sugiere el contemplado mar y en las observaciones que una misma realiza a distintas horas fuera de los agentes externos que modalizan la visión

otros internos, puramente psicológicos, nos hacen ver la misma cosa con aspectos variados ; así la alegría nos muestra el mar encantador aunque lleve la muerte en la furia de sus olas y en la efervescencia de sus espumas ; la melancolía en cambio nos lo hace triste aunque la tranquilidad del ambiente nos lo muestre lleno de dulce apacibilidad...

Es por todo ello, en fin, por lo que a cada instante podemos descubrir a los demás el Mediterráneo... nuestro Mediterráneo... el de nuestras propias sensaciones... el que sólo nosotros conocemos y sólo nosotros apreciamos...

He puesto por delante estas reflexiones porque yo voy a haceros algunos descubrimientos de parecida índole ; yo no sé si para todos será nuevo o viejo lo que sea motivo de estas impresiones ; lo que sé es que para mi han constituido una novedad absoluta, completamente a cubierto de toda referencia gráfica o literaria anterior. Yo he descubierto algo de Andalucía, de mi Andalucía que será distinta de la de otros, porque si no lo fuera no valdría la pena de emborronar cuartillas para dejar estampados estos conceptos de mera subjetividad.

Precisamente cuando pensaba trasladar al papel estos ligeros juicios, cayó en mis manos un libro precioso en que el *charlador* Federico García Sanchiz, bajo el título de « El viaje a España » refiere a los sudamericanos sus impresiones sobre Andalucía y Extremadura. Ni en extensión de la materia tratada, ni en acierto en la pintura de tipos, paisajes, monumentos y costumbres, ni en galanura de dicción, que todo ello adquiere una altura excelsa en este dominador de la palabra, podría yo parangonar estas sencillas ideas con aquel delicioso estudio. Y desistiría de mi intento, en vista de tan acabado trabajo, si no me alentara a realizarlo la consideración apuntada ; voy a estampar aquí lo que para mi ha sido lo que he visto, prescindiendo de lo que haya sido para los demás. Voy a hablaros de una tierra hispana que mi espíritu no conoció hasta ahora...

II

Camino de Andalucía

Pero antes de Andalucía hemos de recorrer un camino... y en ese camino hemos de hacer nuestras estaciones para descanso del cuerpo y distracción del espíritu.

Salimos de Mahón y hemos de pasar por Barcelona y por Madrid o Valencia. Como hemos de volver podemos hacerlo por ruta distinta de la empleada en el viaje de ida... Pero el camino que se emprenda ofrecerá un interés grande porque nos dará ocasión de nuevos descubrimientos.

Así, Barcelona, muestra orgullosa su soberbia Exposición internacional. Ya hablaremos de ella en capítulo aparte que es fuerza no mencionar este Certamen sin recordar que en Sevilla se alza otro de alto interés y que los dos constituyen la Exposición Universal de España... Los comentaremos simultáneamente.

Madrid con su soberanía infunde en los espíritus la impresión de una acogida a la vez solemne y cordial. Madrid es el corazón de España y por ende de todas los componentes de la nación; no es que sea cosmopolita, es que allí se considera en su propia tierra todo el que lo visita. En sus cercanías se alzan, entre otros, dos sitios regios, uno alegre, como *oasis* surgido entre los páramos de la Castilla central, de vegetación espléndida, de flora embriagadora y de fresco ambiente oreado por las emanaciones arboríferas; otro triste, pesado con la pesadez de la piedra ajustada en hileras y columnas con monotonía rigurosa, maravilloso por su grandeza, melancólico por sus evocaciones y, severo, por la corrección y seriedad de sus líneas rectas; el primero es un sitio real para los que buscan el regocijo en la vida; el segundo es el aposento en que encuentran los cuerpos regios el reposo en la muerte. Me he referido a Aranjuez y al Escorial. Este último nombre, por mejor decirlo, se aplica al monasterio de San Lorenzo por extensión del paraje en que se levanta su inmensa mole. Es un alcazar de la tristeza y no sólo por los

cuerpos muertos que en él yacen, ya encasillados en tétrica bóveda o más bien espaciados en salas de más luz y más variados colores, sino por la pesadumbre de la mole inmensa; el ánimo no debe sentir allí un momento de regocijo que tampoco lo procuran las evocaciones históricas del lugar que fundó y en que habitó Felipe II, ni en la ocasión de nuestra visita podrían lográrnoslo la incesante lluvia y persistente tormenta que nos acompañó. Pero, a poca distancia para alegrar el ánimo, junto a la salida del Sitio por la vía férrea, al modo como tras una representación de sombrío drama sigue, a menudo, la de un juguete festivo, se descubre, humilde, escondida entre árboles y rodeada de jardinillos la Casita del Príncipe que Carlos III mandó edificar para solaz de su hijo, el por tantos conceptos insignificante Carlos IV. El cual no llegó a ocuparla ni solo ni acompañado, aunque su esposa dejó en el palacete muestras de su trabajo para hacerse notar como mujer de su casa ya que no supo hacerse loar como leal compañera de su esposo. En ese edificio que sorprende por la filigrana de sus revestimientos, lujo de sus muebles y arte de cuantos objetos contiene, llamaron poderosamente mi atención tres frescos de Maella, situados en la caja de una escalera, en cuyos frescos aparecían episodios de la conquista de Menorca por las tropas aliadas francesas y españolas que mandaba el duque de Crillon. Y esos cuadros reproduciendo escenas que el pincel de Chiesa ya nos había mostrado en sus conocidísimas acuarelas, tienen sobre las del pintor italiano, y en compensación de la menor propiedad de los dibujos, una apariencia fantástica en la composición que casa perfectamente con la decoración del albergue regio donde han sido trazados. Las obras de Chiesa son retratos, las de Maella son algo así como un intermedio entre la referencia y la alegoría; las acuarelas del pintor italiano son documentos para la historia; los frescos del valenciano son meras expansiones de finalidad decorativa. Pero si la casita del Príncipe no hubiera reunido otros atractivos, el expuesto detalle hu-

biera bastado a familiarizarnos con ella y sacudir de nuestro ánimo la congoja producida por aquel imponente lamento pétreo, cuya planta copia la forma de las parrillas y habla de martirio como sus agujas simbolizan los piés de la parrilla que por estar mirando al cielo significan una inversión algo que, en el espíritu humano, equivale a una pena.

Siempre que recuerde a Aranjuez figurará en preeminente lugar de mis memorias el paseo por el Tajo, con todo y ser tan grata la vista de los bellos jardines del Real sitio y tan ricos los palacios del lugar, con preferencia artística en favor de la llamada *Casa del Labrador*. Y es que en nuestra tierra es cosa algo rara la de pasear por un río, sobre la blanda corriente de unas aguas encajonadas entre la alegría de los árboles: en cambio los palacios abundan y pueden, por obra de los hombres, ocuparse cada día más con motivo de admiración. Pero el río rinde al paraje su homenaje más halagador porque le besa y le arrulla y enlaza sus lugares más apartados con la suavidad de su mansa corriente. Mansa corriente que en ocasiones se agita a los impulsos de ajenas acometividades y extiende sus elementos a las pobladas extensiones de la vega con atraco brutal y devastador propio de quien no tiene la costumbre de semejantes expansiones. Y para recordarlas en algunos parajes se marca la altura a que llegó la crecida para que todo el mundo sepa de lo que es capaz el modesto caudal que rumorea entre zarzas y madroños. Pero el paseo por el Tajo tiene otro aliciente para quienes llevamos en el espíritu una inyección de menorquinismo; es que a la orilla opuesta de los reales jardines se encuentra el varadero de las faluas reales, depósito hoy de los agasajos náuticos que distintas poblaciones costeras ofrendaron a los monarcas españoles. Y entre ellas destaca por su sencillez y, a la vez, por su riqueza y buen gusto la que constituyó obsequio de Mahón a Doña Isabel II en 1860, con ocasión de una visita que pudo ser histórica y quedó en suceso sin relieve por las incidencias que impidieron la entrevista con Napo-

león III, predecesor inmediato en la visita a nuestro puerto. La falua de líneas esbeltas y de maderas escogidas, con predominio de la caoba, llama poderosamente la atención del visitante y deja en excelente lugar al arte y la esplendidez de esta tierra que en aquella sazón debió parecer inoculada de ferviente amor a la Soberana como diez años más tarde pareció dominada por una profunda aversión dinástica que tales y tan rápidas son, a veces, las mudanzas de los pueblos. He ahí pues, que para ir a la Casa del Labrador desde el Jardín de la Isla surcando las apacibles aguas del Tajo ha de pasarse por el recuerdo de Mahón. Lo cual tampoco es cosa frecuente, por lo que para nosotros se acrecienta así el interés insuperable que en la visita al Real Sitio ofrece el paseo por la vía fluvial. Después de ello, los palacios, los jardines, las fuentes y las avenidas de la simpática población con ser dignas de verse y elogiarse, con ser evocadoras de fastos gloriosos y misteriosas vicisitudes de augustas personas no tienen para nosotros el mismo interés. El Aranjuez de nuestro espíritu se encuentra en las aguas del Tajo que arrullan la ciudad en poético cauce desde el palacio grande a laafiligranada casita del Labrador lamiendo el artístico Jardín de la Isla y el pomposo del Príncipe.

III

La gracia

Dejando la abigarrada mole de Madrid hemos pasado en pleno día por las proximidades del Cerro de los Angeles, con su monumento exaltador de la fe cristiana española, hemos cruzado de nuevo las huertas y jardines de Aranjuez, hemos recordado puerilmente en Alcázar de San Juan que, en otro tiempo ya muy alejado de nuestros días se pregonaban juntos el anís del Mono y las clásicas tortas mientras se permanecía largo rato en espera de combinaciones ferroviarias y hemos entrado, al fin, en la tierra de la gracia, como aseguran que

puede llamarse a la de Andalucía. Y no han faltado detalles que motivaran nuestra alegre sonrisa. Desde Madrid nos acompañan dos inglesas con las que no hay conversación posible; saben tanto español como nosotros inglés; además las rinde el sueño. Una de ellas se asoma a una ventanilla; ciertamente que la Naturaleza no la ha favorecido, pero unos obreros, al paso del tren que ha disminuido su marcha en plena Sierra Morena, por obras de reparación en la vía, no quieren omitir su juicio sobre la fisonomía de la extranjera que es la más joven de nuestras compañeras. Y a guisa de piropo, le largan una puñalada de palabra asegurándole que no habrá nadie que la llame bonita. La interpelada recibe con satisfacción el severo juicio y corresponde con un gesto de gratitud... La cosa no deja de tener gracia. En la estación de Baeza sube al departamento un caballero. Entablamos conversación. Nos parece andaluz porque cecea muy bien... A las pocas palabras nos revela su origen catalán, es de Vich. También tiene gracia, la gracia de ese contagio que nos hace ver el caso repetido en muchas ocasiones por los que rompen su costumbre de hablar en dialecto lemosin para arrancarse en andaluz al regresar de cuatro días de recorrido por el sur de la Península. Pero aun tiene más gracia que la citada estación se halle situada nada menos que a quince kilómetros de la ciudad de su nombre. Todo ello no parece característico, no podría decirse que sea de color local pero es muy singular que lo hayamos advertido cuando el convoy da sus primeras rodadas por vía andaluza en la que avanzamos para continuar esa serie de chispazos anecdóticos que alternan con evocaciones históricas tan trascendentales como la que nos ofrece la vista del campo donde se riñó la sangrienta batalla de las Navas de Tolosa y la del puente famoso en que los españoles divididos en parcialidades decidieron a tiros que cayera para siempre del trono la magestad de Doña Isabel II; junto a la alegre visión de feraces campos la perspectiva de algunas localidades ofrece también una impresión de gracia a nuestro es-

píritu viajero[?]; así, Vilches en una visible y facil garganta nos parece algo muy singular, tanto como el juicio severo que sobre sus habitantes formula el jefe del tren. Al llegar a Córdoba prosigue la serie de anécdotas chocantes, ya en el encuentro de un nuevo *pseudo-andaluz* que entra en la población en nuestro mismo carruaje y resulta tan catalán como el de Baeza ; ya en el dicho de una doncella del hotel que al advertirla la poca luz natural de nuestra habitación nos dice que al correr el toldo que cubre el patio tendremos más claridad que en la propia Sierra ¡y el toldo no se corre hasta que las estrellas tachonan el firmamento! ; ya en el curioso nombre de la Huerta de los Arcos, basado en la construcción de estilo árabe de la casa que preside la posesión, merced a cuyo estilo las ventanas están rematadas en las típicas curvas ; ya en el derroche de locuacidad del cochero a quien encomendamos nos pasee por lo más típico de la ciudad, porque nos alegra la jornada con sus comentarios de gracil desenvoltura, con sus cubileteos históricos que nos hacen dudar de si hemos estudiado alguna vez la historia de España o si la que nosotros conocemos es una pura mentira y con sus referencias sobre los parajes al paso recorridos ; y gracia, gracia típica, en fin, la que en su afición a las flores nos ofrecen unas viejas de pelo entrevesado de gris y blanco que dejan caer de su maraña la vana pompa de unos claveles marchitos...

Pero en contraste con esa gracia natural, unas veces, producto otras de lo que es corriente y se trasforma en chocante al pasar por el aforo de nuestra predisposición, hay mucho al llegar a Córdoba que nos asegura que en ella se abren para el visitante la serie de impresiones agradables de gracioso carácter. Y es, en primer término, la casi completa supresión de los sombreros de señora trocándolos por la peineta clásica y la airosa mantilla con lo que las calles todas de la localidad se esmaltan de garbo dando carácter típico a una ciudad que en su parte moderna parece desgajada de las grandes urbes españolas ; es luego, la profusión de patios interiores alegres

y artísticos conquie el transeunte sin querer pero, a la vez, resueltamente se siente dispuesto a un allanamiento estético de las moradas para compartir con los vecinos el regalo de aquella alegría arquitectónica que hace compatible la reclusión doméstica con la expansión al aire libre... Es también la característica construcción de la ciudad antigua en estrechas calles llenas de signos memorativos de algo grande, de aquella grandeza de otras épocas cuando Córdoba servía de cuna a los Sénecas ; cuando crecía y crecía bajo los Abderrahmanes que se prodigaban embelleciendo la ciudad ; cuando era conquistada por el Rey Santo de Castilla...

Detengámonos aquí un momento ; San Fernando nos parece que no tiene en Córdoba el predicamento histórico que debiera merecer por la incorporación de la ciudad a los estados cristianos... Cuando pregunté al auriga, antes citado, cual era el homenaje que Córdoba dedicaba a San Fernando me contestó muy decidido... Eso, allá en Sevilla! Como si se tratase de algo que no interesaba a los cordobeses, cosa que no me pareció extraña cuando el mismo automedonte nos describió con un maravilloso lujo de detalles como la ciudad de los Califas había sido conquistada por... ¡¡el Gran Capitán!! Y qué de leyendas nos refirió con este motivo... Bien dijo quien dijo ¡Así se escribe la historia! pero aun hubiera acertado más diciendo ¡Así se sabe la historia!

Superpuestas en Córdoba veo tres ciudades, la romana, la árabe, la cristiana... más que superpuestas confundidas para ofrecernos lo que fué emporio de otros tiempos, con el modesto carácter de una capital de provincia actual... Una capital de provincia que no tiene bastante perdido ese carácter que otros días la hizo grande y quiere modernizarse y muestra al visitante avenidas tan hermosas como la del Gran Capitán y calles tan comercialmente artísticas como la de Claudio Marcelo, pero a costa de manejar la piqueta despiadadamente para que caiga a sus golpes lo típico de su trazado y lo venerable de sus recuerdos arquitectónicos... Y ha de

hacerse constar que el visitante no ha ido a Córdoba para ver calles anchas y grandes paseos ; ni aun para contemplar la torre de la Malmuerta y oír narrar su trágica leyenda medioeval, sino para convertir en carne lo que sólo era imaginación ; la visión de la Córdoba árabe ; de lo que tal vez no suira más el maltrato o el abandono de los hombres, de lo que invariablemente va unido al nombre de la ciudad ; su mezquita. Por ella fuí a Córdoba y por ella van a Córdoba el 95 por cien de los que descienden del tren en la estación.

Cuando salimos de visitar el soberbio monumento árabe perdimos todo deseo de hacer otras visitas, ¿qué puede haber que nos impresione tanto como aquel ejemplar único, sorprendente en su magnitud, admirable en su composición, gracioso en las líneas de sus arcos, variado en el arte de sus detalles, distinto, en fin, de cuanto puede verse en las fábricas que ideó el ingenio humano y distinto también de cuanto pudo forjar la imaginación guiada por las composiciones fotográficas o pictóricas que han universalizado el conocimiento de esta joya arquitectónica?

No ; sin verla, sin pisar sus baldosas ni pasar bajo sus arcos innumerables no hay forma de saber lo que es la mezquita ; mirando de frente la perspectiva nos ofrece su interior como una larga y estrecha vía cubierta por una sucesión de arcos triunfales ; sesgando la mirada se advierte un bosque de columnas interminable que muestra estas en artística alternativa : la fotografía o la pintura empequeñecen la realidad que es aquí superior, muy superior a lo que se espera. La Córdoba de la mezquita es mi Córdoba, es la que presenta su característico sello de atracción ; pueden modernizar a Córdoba cuanto quieran los administradores de la Ciudad... cuanto más la embellezcan, más la vulgarizarán, que el tipo de las ciudades a la moderna es abundante, pero la distinción cordobesa quedará vinculada en su mezquita, hoy Catedral... Ella, por si sola, ha de producirnos todas las impresiones que ansía el viajero ; la alegría, la tristeza, el entusiasmo, la me-

lancolía... todas las manifestaciones emocionales de la vida, el asombro ante la grandiosidad, la admiración ante el arte, la contrariedad por haberle arrebatado los hombres su primitiva unidad, la satisfacción por observar que, poco a poco, van descubriéndose los tesoros de arte que la incultura, el fanatismo ó el carácter de los tiempos habían revestido toscamente... Descubrámonos ante el bosque de columnas y el dosel de arcos agrupados estos con aquellas por el intermedio de capiteles que en una mitad del extenso edificio son variados y uniformes en la otra ; descubrámonos ante la prolijidad de los materiales que entraron en la construcción con la singular muestra de unas columnas de azufre que la curiosidad del visitante va mermando con más rapidez de la que conviniere al buen cuidado de la obra ; con mayor respeto inclinémonos ante la cruz trazada sobre columna de marmol por la uña de un cautivo, suprema demostración de titánica fé ; saludemos los alicatados del Mirahb y detengámonos en las soberbias puertas cuya decoración labrada va apareciendo ahora ante los atónitos ojos de quienes las contemplan.

Base del colosal templo musulmán fué otro edificio romano del que se notan los vestigios en las puertas y en los muros del recinto, con lo que la obra monumental tiene bien marcadas dos etapas de su vida ; una romana, otra árabe ; dentro de la última pueden separarse muy bien dos periodos, el de los abderrahmanes señalados por la diversidad en los detalles de capiteles y materiales de las columnas y el de Almanzor significado por la uniformidad de unos y otros : ambos periodos traducidos en mitades, del gigantesco edificio...

Los cristianos han marcado otra etapa en la vida del monumento, encerrando dentro de él la Catedral católica... Dícese que San Fernando al conquistar la bella ciudad de los Calífas hizo trasportar a Santiago a hombros de cautivos árabes, las campanas que desde Compostela había hecho llevar a hombros de cristianos el conquistador mahometano. Y dícese también que surgió al punto la idea de transformar el

templo musulmán en templo cristiano. Y así se hizo ; en el interior de la mezquita, segando 63 columnas y arrancando los arcos correspondientes se dejó un espacio central que ocupan hoy el presbiterio y el coro de la catedral, soberbios uno y otro, manifestaciones del estilo barroco que tanto abunda en Andalucía y exaltación del arte de una época muy posterior a la de la mezquita... ¡Qué hermosa hubiera sido la Catedral católica, en otro paraje, donde su autonomía arquitectónica le permitiera brillar en toda su magestad artística! Y que hermosa hubiera quedado la mezquita sin mixtificaciones que, aun reducidas a la arquitectura, trascienden espiritualmente a otros órdenes por sencilla asociación de ideas! Con todo, la mezquita es el florón de Córdoba y el resumen de su gracia. Digamos para cerrar nuestra impresión que esa gracia tuvo un complemento personal en la amabilidad de las gentes ; especialmente dos jardineros, los del palacio de Viana y del huerto de los Arcos quisieron ofrecer la demostración de ello, iniciando la serie de obsequios de flores... la abundancia de ellas en los bien cuidados jardines es tal que las hacen vehículos de la cortesía con que la tierra de la gracia saluda a las mujeres de otras tierras... Entre las hojas de un libro ha prensado mi esposa estos recuerdos que encierran el color y el aroma de Andalucía.

IV

Los duendes de Sevilla

El motivo de nuestra excursión era Sevilla : mejor dicho, la Exposición de Sevilla. Nosotros teníamos el proyecto de visitar esa ciudad de poética nombradía por varias razones : por su prestigio a todos los ámbitos proclamado, por conocer la única de las cuatro mayores ciudades españolas que a mis cincuenta y dos años de edad aun no había visto y, por qué no decirlo? por un remordimiento que atormentaba nuestra conciencia desde que estuvimos en Berlín en 1923... Esto merece una explicación.

Nos hallábamos en el café Victoria de la capital alemana una noche de junio del año anotado cuando un vecino de mesa, completamente desconocido para nosotros, terció en nuestra conversación hablando en correctísimo castellano con acento extranjero. Se trataba de un ruso, de uno de esos moscovitas víctimas de la revolución que vivía de su trabajo en la ciudad berlinesa, después de una vida bastante desahogada, anterior a la guerra del 14, que le había permitido visitar España... Aquel ruso fué el despertador de nuestra conciencia. Cuando después de referirnos sus andanzas oyó de nuestros labios el relato de nuestros viajes, nos sometió a un interrogatorio severo.

—Han visto ustedes Andalucía?

—No señor.

—Y, por qué?

—Pues... por falta de ocasión...

—De modo, que Córdoba?

—No la conocemos.

—Como es eso?

—Como V. oye...

—Ni Sevilla? Tampoco Sevilla?

—Tampoco...

—Pero...

—Pero así es ; pensamos ir en otra ocasión...

—Y Granada tampoco?

Ya no supimos que contestar y bajamos la cabeza...

Desde aquel momento nos pareció que estábamos cometiendo una grave falta al no recorrer las comarcas españolas que desconocíamos. Bien sabe Dios que no se trataba de poco patriotismo ni de desdén por lo de casa... no, era que circunstancias de familia nos habían llevado al extranjero y habíamos aprovechado nuestra salida de España para ver algo notable de Europa. Pero la visita a Sevilla y a Andalucía, en general, quedó acordada desde aquel momento, en la mesa del café berlinés.

Y trascurrieron varios años sin realizar el propósito, esperando la ya anunciada Exposición ibero americana que es la que ha decidido la ocasión de llevar a cabo el proyecto concebido a raíz de las inquisitivas palabras del expatriado ruso.

Teníamos, sí, referencias abundantes de Sevilla en libros, en fotografías y en relatos de parientes y amigos que la habían visitado o habían vivido en ella, pero nuestro viaje fué preparándonos la impresión que íbamos a recibir de una manera paulatina... Y es que en Madrid vimos « Los duendes de Sevilla » de los hermanos Quintero y en Córdoba asistimos a otra representación de la misma obra...

Digamos, ante todo, que la tesis de los ilustres comediógrafos no nos convenció... pero oyendo la obra llena del peculiar gracejo de sus conocidísimos autores y escrita con la soltura chispeante de que siempre hacen estos alarde se satura nuestro espíritu del ambiente sevillano y lo deja predisposto a la vida de la ciudad del Betis como si no llegara a ella por primera vez si no que tuviera allí su albergue tiempo ha...

Porque la citada obra teatral es comedia y revista a un tiempo ; encuéntranse en ella escenas de un patio de casa particular, de un compás de convento y de una encrucijada del misterioso barrio de Santa Cruz. Y por escenarios tan variados, pero tan sevillanos, desfila una legión de tipos corrientes en la ciudad que sirven para familiarizar al espectador con ella y con ellos... La singular maestría de los Quintero se aplica a la demostración de que la capital de Andalucía está llena de duendes... duendes invisibles pero que actúan sobre el que a Sevilla acude para hacerle cautivo de los hechizos de ella y retenerle, tal vez de por vida, aprisionado en la seda de los cabellos o en los flecos del mantón de una sevillana... La tesis como comprenderá quien me lea no puede ser exclusivista. De tales duendes hay ejemplos en todas partes. ¡Lo sé por experiencia! Sólo un alarde literario, oportunista, de los

Quintero, ha podido mostrarnos una apariencia de exclusiva en la ciudad de San Fernando...

No, no creemos en los duendes sevillanos como únicos imponderables cautivadores del forastero ; cuanto en el segundo acto de la obra se dice para darnos a conocer esos duendes, es cierto, ciertísimo y constituye encanto y alegría de la perla andaluza, pero, paralelamente, podría decirse lo mismo de otros lugares, con la misma finalidad que no es otra, ya lo habrán adivinado quienes me lean, que acabar la obra viendo al visitante rendido perdidamente por los pedazos de una indígena bella y simpática, y rendido aun contra todos los imposibles entre los que, naturalmente, no figura la aversión de la doncella...

Pero conformémonos con creer que hay duendes en Sevilla, como hay duendes en Córdoba, duendes en Madrid y hasta en esta tierra mahonesa en la que los vemos actuar tan constantemente, a pesar de su invisibilidad, y conformémonos porque esos duendes tal vez nos sirvan de guías en los distintos parajes de la mayor ciudad de Andalucía, cuya visita tanto tiempo deseada hemos podido, por fin, llevar a cabo con alegría en el proyecto y con satisfacción en la realización...

Sevilla tiene otro aspecto que no es de duendes, aunque sí de misterio, sobre cuyo aspecto fuimos también preparados en nuestro viaje. De Barcelona a Madrid nos acompañó un sacerdote, un padre redentorista, conocido en Mahón por haber ocupado la Sagrada cátedra en San Francisco y el Carmen durante las fiestas del Pilar y Santa Teresa de 1929. El me dió una síntesis de Sevilla, que como expuesta por un sacerdote era en esencia el juicio religioso de la Ciudad. Me decía el buen padre : he visitado Sevilla cuatro veces, la primera me decepcionó, la segunda me gustó, la tercera me entusiasmó, la cuarta me fascinó... gradación de sensaciones fué esta que se definía por la superficialidad inicial de la observación y por la sucesiva profundidad del estudio que iba reali-

zando el observador, más compenetrado cada vez con el alma de la ciudad...

A cuya ciudad por fin llegamos. Llegamos de noche, pensando que era la hora más apropiada para el embrujamiento. Y este obró sobre nosotros cuando, lejos aun de la estación de la Plaza de Armas, vimos destacarse en la oscuridad una ascua de oro que parecía un faro de encantamiento. Era la Giralda que nos llamaba con todo el fulgor de su iluminación y con todo el imperio de su soberanía absoluta. Porque, desde aquel momento, la Giralda guió nuestros pasos y no hubo otro objeto en los primeros que dimos en Sevilla que admirarla de cerca y contemplándola con arrobamiento dirigirle un saludo cordial como la más legítima representación de la reina del Guadalquivir.

V

La alegría

La impresión de la Giralda iluminada, bella y gallarda, nos acompañó al lecho y nuestra fantasía empezó a forjar las alegres combinaciones de un sueño agradable. Y decimos alegres porque estábamos sumergidos en un ambiente de alegría natural, espontáneo. Al despertar, los gritos de la calle nos recordaron ese ambiente llamándonos a respirarlo: estábamos junto a la Campana, lugar privilegiado de la ciudad hispalense porque es cruce de todas las direcciones que a viandantes y a caballeros envían de una zona alegre a otra que lo es tanto y en esa confluencia se encontraban y se separaban en carruajes adornados, caravanas que pudiéramos llamar celulares de gentes bien preparadas a demostrar que tenían motivos para estar impregnadas de esa alegría: las mujeres, siempre en mayor número que los hombres, cantando al unísono en cada vehículo y moviendo los *palillos*, los hombres obsequiándolas con breves libaciones, los caballos cascabeleando y el conjunto ostentando lijeros pero pintorescos adorno-

nos. Y así coches sin cuento que daban vueltas a la población, alternando con autos que podrían diferir en la forma pero no en la apariencia bulliciosa de sus ocupantes que atraían forzosamente la atención del que, recién llegado, ignoraba la razón de semejante espectáculo. Así desde la mañana hasta la tarde, sin casi interrumpirse durante la caída de uno de los aguaceros más copiosos que presenciáramos en nuestro viaje y que pueden presenciar raramente los sevillanos en el mes de Junio. Porque no sabemos de donde saldrían pero apenas la última gota se desprendió de las nubes, la cabalgata diseminada por la ciudad se puso de nuevo en movimiento para alborozarla con el canto de las muchachas que sólo cesaba breves instantes dedicados a saludar reverentemente, con la señal de la Cruz, alguna Iglesia o alguna capilla mural encontradas al paso de la carrera sin fin... es decir, la carrera que había de finalizar cuando entrara en Triana la romería del Rocío, de regreso de Almonte. Porque toda esa alegría no obedecía a otro objeto; los romeros que hacía siete días salieron para el santuario de la provincia de Huelva volvían casi a media noche después de siete días de peregrinación. Y para recibirlos se ponían en marcha los alegres sevillanos desde poco después de amanecido. Y si el tiempo no convidaba a avanzar por la carretera de la capital vecina, los rodeos por todas las calles, plazas, paseos, avenidas y callejas de Sevilla hacían el recorrido tan largo y duradero como pudiera apetecer el afán de fiesta de aquellas gentes cuya vida no parecía tener otro objeto que estar alegre aquel señalado día... Al ser de noche la caravana no fué sólo de carruajes, una multitud más numerosa que la que utilizaba los vehículos corriendo por la ciudad, cruzaba el puente de Triana y se dirigía a la barriada típica y renombrada para llenarla a rebosar en espera de que los romeros entrasen en el popular arrabal de allende el Guadalquivir. Y allí no eran solo carruajes y peatones los que circulaban, porque completaban el conjunto los caballistas con sus sombreros cordobés.

ses y las gallardas mozas ataviadas con pañuelos de flecos y montadas a la grupa, algunas, muchas también con la misma característica montera y todas, todas, tanto las que a pie paseaban, como las que iban ginetes en briosos caballos o las que asomaban sus rostros a puertas y balcones, llevando entre sus rizos flores naturales y flores chatas de puro artificio formando un conjunto que coronaba el clásico *llama novios*, especie de corta banderilla cuya punta de papel de color parecía un imán para atraer a los hombres con el encanto de la risa juguetona y de la algarabía musical de tantas y tantas gargantas que lanzaban al aire las notas libres de su alegría desconcertante. Y, a la vez, en los patios de entrada de las casas se agrupaba la gente para contemplar el baile de las típicas seguidillas, artísticas e inocentes, que parecen asignatura de obligado aprendizaje en el curso de los estudios primarios de toda mujer sevillana. Pero, al entrar en Triana y volver la vista atrás, la Giralda, ascua de oro todas las noches, saludaba a la multitud desde su asiento presidencial, esta vez escoltada por otras dos torres igualmente doradas que se alzaban en la Plaza de España de la Exposición; dos rivales de menor edad, aunque de mucho arte, que se habían detenido en su rápido crecimiento para respetar y aun rendir homenaje a la ya vieja y, sin embargo, eternamente joven reina de las torres sevillanas y aun de las torres españolas... Panorama encantador que no dejábamos atrás porque su impresión nos acompañaba siempre en las calles trianeras.

Faltaba poco para la media noche cuando unas bengalas a lo lejos y un rumor característico de los momentos en que se acerca a nosotros algo largamente esperado, nos advierte que la comitiva está ya muy próxima. La circulación rodada cesa; desaparecen de nuestra vista los coches, los autos y los caballistas; se puede transitar con algún desahogo por la calle y la algazara va cediendo ante la solemnidad del momento... Avanza hacia nosotros la original procesión de los romeros, algo que por lo severo y original nos impone fuertemente. Se

trata de una procesión a caballo ; los romeros vestidos a la andaluza, el sombrero colgando del brazo y llevando plateadas pertigas apoyadas en el atzón de las monturas preceden con religiosa seriedad a la carroza, también plateada, que ofrece dosel al emblema de la Virgen del Rocío bordado en oro, entre una profusión de luces. Toda la comitiva lleva el paso de la yunta de bueyes que arrastra la carroza de la imagen y siguen a ésta un gran número de carretas de largo rodaje y extraordinaria altura, de toldo atartanado, en las que se aposentan las familias de los romeros con todos los enseres precisos para acampar en las noches de la larga excursión y en el día pasado en el ermitorio de Almonte, adornadas con guirnaldas de flores. El porte de los peregrinos y el de los ocupantes de las carretas es tan severo y revela tan a las claras la sinceridad del sacrificio que supone la larga peregrinación que contrastan con la frivolidad de los que han acudido a recibirles o les esperan en las calles trianeras. Detrás de la procesión-cabalgata forman a modo de larguísima escolta todos los vehículos que durante el día han sido la alegría de Sevilla, pero el contagio de la formalidad de los peregrinos, cuando no el cansancio de la larga y agitada jornada, han cambiado por completo la decoración y la comitiva ha olvidado ya los transportes que fueron su distracción anterior. Y con la misma seriedad vuelve Sevilla a trasponer el puente de Isabel II. Pero la alegría no ha terminado ; el ascua de oro de la Giralda, ahora ya sin la competencia de otras torres, se muestra a los sevillanos para levantarles el ánimo con la visión de su belleza procer.

VI

El sentido del arte

Un mahonés distinguido, al que conocemos por su vasta cultura, el abogado don Pedro Ballester, me decía en cierta ocasión que él prefería conocer los distintos parajes urbanos

o naturales a través de la interpretación de los artistas. Todos sabemos el conocido dicho sobre la diferencia que media de lo vivo a lo pintado y prácticamente hemos visto lo que ganan en la fotografía, en la pintura o en el dibujo algunos lugares que conocidos sobradamente por nosotros no nos llamaron la atención antes de ser copiados por procedimientos artísticos, capaces de embellecer, en muchas ocasiones, lo que en la realidad es rechazado como feo por los sentidos. De aquí la necesidad de que el artista sepa encontrar en las cosas el aspecto atractivo, para mostrarlas en forma agradable al que contemple su imagen. Pues bien, en Sevilla, con abundar los parajes dignos de la reproducción todavía se ahorra trabajo al artista evitándole el de buscar puntos de vista adecuados. Los sevillanos los conocen todos porque, indudablemente, tienen el sentido del arte. Cualquiera, un auriga, un guardia, un vecino a quien se interrogue no se contentará con darnos señas y dirigirnos al lugar buscado, sino que nos hará ver su aspecto más poético. Así en la casa de las Dueñas, la humilde guardiana que nos encaminaba al palacio por el florido patio no cesaba de señalarnos el detalle de una palmera surgiendo de un muro para destacarse sobre el cielo azul o el rincón enramado de una floresta o el suave fondo sobre el que destacaba una puerta; el conductor de un taxi se detenía, sin previo aviso, en una plaza no para enseñarnos el paraje, sino el raro contraste de una casa antiquísima junto a otra de moderno estilo... En fin: cuando, sin guía alguno, entramos en el barrio de Santa Cruz, y nos vimos en la cerrada plaza de Santa Marta, unas caras femeninas, tras una ventana, buscando expansión a la atávica costumbre mora que les encerraba en su hogar, nos llamaron risueñas y nos indicaron un sitio del diminuto paraje desde el cual se descubriría una perspectiva no imaginada; la Giralda asentada en el hueco de las paredes de una estrecha calle, sobre el arco que comunicaba esta con la pintoresca placita... No tardamos en ver reproducida la romántica perspectiva en una publicación

ilustrada... Porque en Sevilla, la interpretación de la realidad copia a esta a maravilla sin más que dejarse guiar por el popular instinto...

Si ; existe ei instinto del arte en aquella tierra donde el siglo de oro español encontró una pléyade de artistas que han llenado de obras maestras Iglesias, Capillas, Asilos, Museos y casas particulares y la imagineria tan admirada en las fiestas de la Semana Santa ha familiarizado a los sevillanos con las obras del genio.

Las imágenes sevillanas!... No os dirigireis a nadie en la ciudad del Betis, si os dais a conocer como forastero, que no os pregunte si habeis visto la Macarena, Nuestro Señor del Gran Poder, la Virgen de los Reyes o el Cristo del Cachorro... Es una obligación que tiene tanto de cristiana como de pagana, porque los espontáneos *cicerones* junto al elogio de la devoción que aquellas imágenes inspiran os ensalzarán los méritos de la obra escultórica y las perfecciones humanas de las figuras... Así la Macarena es morena, con una expresión de dolor de un verismo perfecto ; al Cristo del Cachorro se le ve chorrear la sangre por rostro, manos y rodillas, puede estudiarse en él un curso de anatomía...

La más completa expresión de ese sentido del arte tan general la encontramos visitando la Casa de los Venerables Sacerdotes que en plena Judería, abriéndose a la Jamerdana, nos ofrece la esplendidez de un patio, proporcionado, de bellas arcadas presidido por juguetona fuente de azulejos... Ejemplar tan saliente en la arquitectura sevillana que fué reproducido en la Exposición de la misma ciudad y se exhibe ahora mismo en el pabellón de España del Gran Certamen universal de Lieja. Nos llevó allí un cochero de punto... —Asómense ustedes... verán un patio precioso. Y nos asomamos... Pero, antes que el patio vimos un sacerdote, un venerable por su ancianidad que nos acogió con una sonrisa familiar y nos saludó con un gesto dulce y franco... Le veíamos por primera vez y parecía que éramos antiguos conoci-

dos, con tal afabilidad nos recibió y nos guió por el patio y por la Iglesia de aquel benéfico albergue de sacerdotes inválidos y ancianos. ¡Que fantasía la de aquel buen hombre y qué partido sabía obtener de cuanto al paso nos iba enseñando! Y ¡como nos forzaba por contagio con su fantasía a ir apreciando en los cuadros de Valdés Leal, de Pacheco y en las obras de la Roldana, efectos que sólo podían comprenderse con un sentido crítico depurado!... Sin negar que el cariño a aquella riqueza de su casa exaltaba su imaginación, hemos de reconocer la envidiable cualidad de aquel venerable que, en otro sentido, nos resultó el hombre más gracioso de Sevilla, un acaparador de las maravillas de la ciudad que hubiera querido reunir las todas en sus manos para mostrárselas al visitante sin pérdida de minutos... —¿Han visto ustedes la Exposición? —No señor. —¿Como es eso? —Llegamos anoche. —Pero... y la Catedral? —Ahora vamos. —Caramba! qué tarde. Y la Macarena? No han visto ustedes la Macarena? —Aun no. —Pues eso no puede ser. Sepan ustedes que la Macarena lleva el registro de cuantos pasan por Sevilla y el que no la visita, ¡ya está aviado! Nada, nada, no pierdan ustedes el tiempo. —Nos bastarán ocho días para ver todo lo bueno que hay en Sevilla? —Moviendo los *pinreles*, puede ser...

A buen seguro que este venerable habla de arte la mayor parte de las horas del día con la mayor parte de sus compañeros de recogimiento y con todos los que visitan el artístico y humanitario establecimiento... Y no es aquí sólo donde la beneficencia va del brazo de las Bellas Artes. Fundó Miguel Mañara, el Asilo de la Caridad: más bien fundó la institución de la Caridad sevillana, esa Cofradía que ofrece gratuito albergue y manutención por tres días a los pobres transeuntes que acuden a su socorro. Y esa institución merecedora de todo comentario elogioso que tan bien describe Ciro Bayo en *Lazarillo español*, encontró enseguida el apoyo de los artistas que fraternizaban con el fundador y la Iglesia que, más tarde, había de quedar adscrita a la Santa Casa, fué desde el

primer momento un Museo de obras maestras que cuidaron de llenar Murillo y Valdés Leal. Y las salas del piadoso lugar donde, aparte de los albergados transeuntes, se encuentra el hospital de enfermos crónicos, muestran también los frutos de la labor imperecedera de aquellos grandes pintores del siglo XVII y la visión constante de tanta maravilla es entrenamiento del gusto para quienes la gozan, entrenamiento que alivia, a la vez, por estética distracción, las amarguras de la dolencia que les hizo su presa.

Y es así como el sentido del arte se va formando; en unos, por influencia directa del arte mismo; en otros, por efecto de las lecciones de un iniciado; en muchos no se forma, nacen con el bien formado y en disposición de patentizarlo tan pronto la luz de sus ojos se pone frente a la luz del sol de Andalucía.

VII

El estilo sevillano

Podríamos dividir los monumentos sevillanos en dos grandes grupos: mudéjares y cristianos, marcando así dos etapas de su floreciente arquitectura. Son ambos grupos muy extensos. Para el observador más propenso a la admiración que al estudio no es fácil que se le ocurra agrupar en etapas las manifestaciones del arte mudéjar. En cambio, instintiva y rápidamente separará de la masa de edificios de artística belleza de carácter gótico, barrocos o churriguerescos, aquellos que son producto de nuestros días entre los que descuellan los de la Exposición ibero-americana y los grandes hoteles. Y junto a estas manifestaciones del buen gusto de hoy el viajero contemplará con satisfacción, como obra de su propio tiempo, los monumentos alzados en homenaje a hombres también muy próximos a nuestros días. A Becquer le han esclavizado a un árbol las hermosas y soñadoras mujeres que le retienen materialmente con el collar de piedra labrada y espiritual.

mente con el fervoroso ruego de su atención avidamente romántica... Coullaut Valera interpretó el momento en las sombras de una alameda callada, incitadora, por su propia quietud, de evocaciones de ensueño, en pleno Parque de María Luisa... A *Joselito*, héroe popular, lo recogieron muerto todos los macarenos de su vecindad y cargando a sus hombros los preciosos restos, buscaron para ellos sagrado depósito a la entrada del Camposanto sevillano. Lágrimas de las mujeres, piedad de las mocitas, tristeza de los hombres, deseo del tributo al genial muchacho... todo está expresado en aquellas figuras que esculpió Benlliure para que sostuvieran el broncíneo féretro, descubierto, en el que duerme placidamente su eterno sueño el niño héroe... En torno de esta joya del arte, las flores cuidadas que orlan el monumento más que homenaje al lidiador malogrado son una invitación al transeunte para que arranque un pétalo y lo guarde con todo el perfume de aquel paraje donde lo que fué entusiasmo frenético de las muchedumbres se ha trocado en piedad con un aroma que embriaga los sentidos y conmueve el corazón.

Aun no hemos estado acertados en la división de los monumentos de la ciudad del Betis. Antes de lo mudéjar estuvo lo árabe, y antes lo romano... No hablemos de lo ibérico, ni de lo prehistórico. Y de todo lo que precedió a lo mudéjar hagamos mención de lo romano. En esta, como en la generalidad de las poblaciones españolas, la historia nacional puede estudiarse en sus monumentos, porque muchos de ellos la siguen fielmente. Comienzan siendo primitivos, obras de civilizaciones extinguidas después de grandes esfuerzos. Llegan pueblos que alcanzan una plenitud de vida perdurable a través de los siglos y destruyen aquellos construyendo las propias obras sobre los restos; tal vez los primeros los utilicen como cimientos, tal vez se limiten a modificarlos. Los árabes a menudo aprovechan materiales y basamentos romanos para levantar sus policromos edificios; los cristianos más tarde, rara vez respetan la obra del infiel, pero casi siempre edi-

fican sobre ella. ¡Cuántas iglesias actuales han sido mezquitas y antes han servido para el culto pagano! Nosotros al clasificar nos atenemos al estilo predominante en la obra contemplada, a aquel en que se detuvo la labor de los hombres. En Sevilla existen unas murallas romanas que han respetado los pueblos posteriores. Hagámoslo constar en aras de la verdad. Lo demás en general, es mudéjar o es cristiano; muchas veces es cristiano por la construcción y mudéjar por el estilo: su aspecto disfraza su edad... Y todo lo mudéjar y lo que no lo es constituye una lección de historia... Y al través de los monumentos vemos alzarse los emperadores que dió España a Roma; Trajano y Adriano, hijos de la Bética; los reyes moros de Sevilla, los judíos que ofrecieron a los reyes de Castilla todo el auxilio de sus dotes financieras; la figura venerable de San Fernando, el conquistador; la de Pedro el Cruel, evocada en las mazmorras del Alcázar; la de D.^a María de Padilla imaginada en el espléndido baño de cristalinas aguas que refleja la larga bóveda de los sótanos del rico Palacio sevillano... Y todo o casi todo nos habla en sentido medioeval: la Giralda, sucesora de aquel alminar coronado por cinco grandes bolas como manzanas, la Torre del Oro, unida al Alcázar por un camino subterráneo, la torre de Don Fadrique, los sepulcros de Fernando III y Alfonso X en la Catedral, la casa de Pilatos, con todo el humorismo que encierra la traza del Pretorio de Jerusalem en el típico estilo de los creyentes de Alah, el palacio de las Dueñas, nueva evocación de la época de la orgía arquitectónica musulmana.

Sevilla se transforma... No es el goticismo de su Catedral, ni el barroquismo cumbre de su Iglesia del Salvador, ni el churriguerismo del Palacio de San Telmo... no, es el estilo sevillano actual que ha cristalizado en la soberbia Plaza de España, mezcla y resumen a la vez de la historia arquitectónica de la urbe y alarde de originalidad en la combinación... Es esa obra que ha tenido por su campeón más inspirado al malogrado Aníbal González: de todo lo anterior tiene elemen-

tos : romanos los arcos, árabes los adornos de azulejos, góticos los detalles de las torres, de todo ofrece un alarde depurado, pero el ajustar unos a otros componentes de modo que armonicen dando unidad al conjunto es algo genial que, por si solo, constituye el tipo característico de un estilo arquitectónico.

Esta es la síntesis de la arquitectura que los siglos fueron alzando en Sevilla para constituir dentro de la ciudad una historia de arte ; cuando llegó la hora de hacer el resumen se hizo con asombro general. En el Alcázar, en las murallas, en la Catedral, en los mil parajes de la ciudad, están los pueblos que la habitaron ; en la Plaza de España está Sevilla, la Sevilla de hoy con sus alegrías y con sus ambiciones.

VIII

La ciudad de juguete

Barcelona ha construido una ciudad de juguete en su Exposición : la ha llamado Pueblo español. Para formarla ha ido escogiendo de cada paraje nacional algo que le ha gustado : de aquí una casita, de allá una torre, de acullá un palacete ; de un sitio copió el aspecto de la Plaza, de otro la pendiente de una cuesta, de un tercero las escalinatas que llevan a los vecinos a su Iglesia... Con todo ello se formó el Pueblo español.

Sevilla también tiene su ciudad de juguete ; pero no de ahora, sino de hace siglos, sin reproducir nada de nada sino con sello propio ; tal vez las calles recuerden algunas que hemos visto en otras ciudades pero estas son más blancas y más alegres... Así es ; Sevilla se encontró con esta ciudad de juguete que le dejaron los judíos y le encargó a la Giralda, que está muy cerca de ella, que la vigilara... Y torre y ciudad ofrecen el contraste del gigante y los enanitos, las casas blancas miran a la Giralda como pidiéndola opinión sobre su blancura y la Giralda baja la vista para mirarlas con maternal solicitud...

Esa ciudad de juguete la hicieron los judíos pero la convirtieron los cristianos. Hoy es el barrio de Santa Cruz y para conjurar el maleficio de los enemigos del Crucificado allá donde vieron un hueco los cristianos pusieron una cruz... Y luego esparcieron flores a su alrededor... Y así llenaron la barriada de patios sevillanos... Y escondieron en sus casas de humilde aspecto todo el lujo y el arte de que son amantes los vecinos. Porque en esta ciudad de juguete hay vecinos, vecinos que apenas si pueden moverse en las placitas ni aun cruzarse en las callejas, pero que viven holgadamente en las casas. Cuando habeis recorrido el laberinto de la diminuta población salís a la plaza de la Catedral o al patio de Banderas del Alcázar. En uno u otro sitio os figurais que os han puesto en libertad... Y os duele, porque en las sinuosas vías del barrio de Santa Cruz os sentís contentos ante el prodigio de la miniatura de ciudad, habeis alegrado la vista sólo con la blancura de las paredes, habeis sentido el perfume de las flores que inundan las placitas y llenan ventanas y balcones, habeis aguzado el ingenio para descifrar el misterio de unos nombres que no imaginabais y habeis conocido que entre los edificios como entre los hombres existen cariños familiares; las casas se hablan mirándose por los ojos de sus ventanas y cuando se reunen de tertulia en una plaza suelen darse un fuerte abrazo, por eso muchas veces os cierran la salida...

Os dirán en Sevilla y os dirán en los libros que este barrio de Santa Cruz es un barrio misterioso; que lo veais de noche para sentir la impresión de lo desconocido. Nada de eso; ni de día ni de noche puede dar al espíritu la menor congoja. Siempre os parecerá que estais en vuestra casa; las calles son los pasillos; las plazas, los patios; las casas, departamentos de vuestro uso y habitación... Sólo cuando salveis la cadena de la plaza de Doña Elvira o asomeis al Palacio arzobispal creereis que dejais la casa para daros un paseo por la verdadera calle.

De noche sentireis la poesía del lugar, una poesía íntima,

de suave compenetración con el ambiente... Por ello, por lo que se adentra en nuestro espíritu en una armonía de la luz del cielo y la luz del paraje y el aroma de las flores y el silencio de la hora, por eso podreis decir que hay misterio en el barrio... Cuando no, lo habría porque todos los juguetes lo llevan consigo y este ya hemos dicho que es un juguete...

No, no atormentéis vuestro espíritu con la vaguedad de unos temores imposibles. En otro tiempo, cuando la Susona revelaba incautamente a Pedro el Cruel la conspiración de sus hermanos los judíos y provocaba la sangrienta venganza del Rey ; cuando Mañara, alucinado, veía un ataúd en la calle que ahora así se llama para llevar su conciencia a un arrepentimiento tan poco espontáneo como que lo produjo un intenso terror, o aun, cuando Lope de Rueda atraía la atención de los transeuntes con los balbuceos del teatro Español en la plaza de Elvira... en aquellos tiempos, las noches del barrio de Santa Cruz, podían ser tenebrosas y amilanar a los pusilánimes... Hoy, no ; hoy la apacibilidad del lugar se hace más atractiva cuando sus encantos destacan en una moderna iluminación... Y si aún así, algún osado quisiera turbar la paz de las pequeñas vías, la Giralda, vigilante, acudiría en socorro del barrio diminuto amedrentando al atrevido con el tañido retumbante de una campana...

No, no hay más misterio que el de todas las cosas de juguete... quizá por eso, tentados del afán de descubrirlo volveréis al barrio de Santa Cruz uno y otro día... una y otra noche y como lo vereis tan blanco os parecerá siempre cosa reciente a pesar de sus muchos años... el juguete que acaban de regalar a Sevilla para que se encante contemplándolo.

IX

Las Exposiciones

A distancia, sin detalles de propaganda, admirados de la grandiosidad de la Exposición internacional de Barcelona,

puede pensarse, y tal impresión sentimos nosotros, que no cabiendo superación ni aun aproximación, sería posible prescindir de visitar la ibero-americana de Sevilla sin perder gran cosa con la abstención.

Sin embargo, una curiosidad invencible, combinada con nuestro deseo de conocer la ciudad del Guadalquivir, nos llevó a esta pocos días antes de que fuera clausurado el magno Certámen. Y no nos arrepentimos de ello, antes imaginamos lo que hubiera sido nuestro pesar si hubiéramos sabido lo que perdíamos no visitando la exposición sevillana...

Porque la de Barcelona es soberbia, ¡que duda cabe!, pero la de Sevilla es una filigrana. Las dos juntas son un derroche de gusto, de arte... y de dinero. Sí, de dinero que pagarán mucho tiempo los barceloneses y los sevillanos y los españoles en general, pero que no habrá producido el solo fruto de los magnos concursos. Porque con motivo de ellos las ciudades se han remozado y así como la Condal en 1888 adquirió popularidad y renombre, ahora han sido dos las que han acrecentado los que tenían y toda España la que ha sentido el orgullo de mostrarse grande ante los pueblos del orbe.

Palacio nacional en Barcelona, Plaza de España, en Sevilla ; Plaza del Universo en la Ciudad de los Condes, Plaza de América, en la de San Fernando ; aguas y luces en combinación soberbia en la urbe mediterránea, luces y flores en maridaje fantástico en la metrópoli andaluza... a cada belleza de la Exposición internacional corresponde otra en la ibero americana... Faltaba a esta la perspectiva única del conjunto barcelonés que escala audazmente la falda Norte de la montaña de Montjuich ; fáltale a la sevillana esa misión de olvido de la triste leyenda del paraje donde se asienta que a la catalana le ha cabido la gloria de realizar ; le faltan también aquellos prodigios de la luz y del agua, dominada la primera por la ciencia en un supremo alarde que parece imposible de superar y falta, por último, a la sevillana, el acierto indiscutible del Pueblo español...

Pero, en cambio, tiene la andaluza el orgullo de rendir homenaje constante a la madre España en todos sus órganos vitales que son las provincias y en todos sus hijos emancipados que son las repúblicas sud americanas...

Allí, en la plaza de España en artístico anfiteatro encontrarán los españoles algo de su tierra; bancos de azulejos le rememorarán los fastos y poblaciones notables de su provincia. En el de Baleares aparece el rey Don Jaime otorgando los fueros a Mallorca. Forman tríptico con tal asunto una vista de la Catedral de Palma y otra del Castillo de Bellver: en simétrica combinación aparecen algunos nombres, Menorca queda recordada con el de Mahón.

En otros parajes de la Exposición vemos como cada provincia ha alzado un pabellón reproduciendo algo típico de sus comarcas; Cataluña y Baleares están unidas para mostrar los productos de su industria.

En Barcelona no se descende a tal detalle; hay sólo en el Pueblo español una casa mallorquina en la que se exhiben algunas vistas de las cuevas de Artá y en los dioramas del mismo pueblo se dedica también un recuerdo a las capitales españolas. Pero en el Palacio nacional se ha coleccionado lo más saliente del arte antiguo y hacen en él brillante papel las instalaciones religiosas ciudadelanas, como en el Palacio del vestido destacan por su maestría las muestras del calzado confeccionado en la antigua capital de Menorca.

De modo que la visita de una u otra exposición puede ensanchar el ánimo de los hijos de nuestra tierra como los de las demás tierras de España viéndolas acogidas con singular cariño en estos certámenes donde cada país ha querido dar muestras de su creciente progreso.

Pero se completan las dos; ofrecen aspectos muy diversos. España queda en ellas glorificada y ofrece a las naciones todas del orbe una muestra de su amor, de ese amor que constituye grandes períodos de su historia y que en muchas ocasiones la llevó al sacrificio. Madre de unas, hermana de

otras y amiga de todas... Eso es y eso quiere ser nuestra Patria luminosa.

Han constituido ambas una exaltación del turismo, porque por ellas ha podido conocerse lo mucho y bueno de nuestra España ¡qué lástima que no hayan podido admirarlo todos los de fuera! pero ¡como nos ha servido a los de casa para conocernos a nosotros mismos!

Mientras viva recordaré las tardes que he pasado en una u otra de las Exposiciones... ¡qué ambiente de patriótica exaltación se sentía en ellas!... ¡qué sensación de suave bienestar se respiraba!... Encarpetados tengo los recuerdos que fuí acaparando; parecen cosas sin valor, papeles de anuncio y son una condensación de las áureas jornadas que gozaba en aquellos recintos enaltecedores de la fraternidad humana...

Sintamos el orgullo de reconocer que ambos certámenes han correspondido a lo que el país esperaba de ellos... Y no digamos más porque en la impresión que de obras tan excelas guardamos no cabe hacer distinciones... Sin embargo, traicionaríamos a la Verdad si no dijéramos que entre lo más impresionante para el espíritu investigador figuraban con poderosa atracción en Barcelona las interesantísimas enseñanzas de la Exposición de la luz y en Sevilla las de la exhibición retrospectiva de los progresos de la Imprenta, y para los sentidos nuestra retina guardará siempre la indeleble huella de las combinaciones luminosas de la Ciudad Condal y los encantadores aspectos de las alamedas del parque de María Luisa...

Todo grande, todo bello, todo glorioso... Barcelona y Sevilla lo iniciaron, toda España coadyuvó... ¡Qué alentadores para el ánimo son estos triunfos de la Paz cimentados en el Arte y en la Ciencia!

X

Visión de conjunto

Nos vamos de Sevilla... Nos quedaríamos un día, dos, tres... ¡quien sabe cuantos! Pero nuestro tiempo está tasado,

Hemos de dejar la ciudad hispalense y al hacerlo queremos despedirnos de ella dirigiéndola un adiós que pueda alcanzar a todos sus ámbitos y nos permita a la vez resumir en una visión de conjunto lo que hemos conocido en el corto periodo de nuestra estancia. Vamos a subir a la Giralda.

Nos decía el simpático sacerdote de los Venerables que la Virgen de la Esperanza de la Macarena, llevaba el registro de los visitantes de la ciudad. También la Giralda lo lleva. No sé de nadie que permaneciendo en Sevilla más de un día no visite este monumento característico de la población, y que no deje escrito su nombre en ella. El registro aquí tiene todas las de la Ley. La hermosa torre se deja tatuar sin protesta. Y en ese tatuaje queda el recuerdo de sus innumerables visitantes.

Entramos en la Giralda por una puerta modesta; se nos recibe con toda confianza, los guardianes no guardan etiqueta alguna ni en las formas ni en sus vestiduras, reciben bien al que llega y le indican el comienzo de la ascensión. La ascensión es suave, muy suave; rampas sucesivas nos van colocando a alturas cada vez mayores, sin casi darnos cuenta de ello por lo que pudiera significar fatiga; hemos de mirar por las aspilleras para ver como nos elevamos sobre la Plaza del Cardenal Lluçh, sobre los tejados de la Catedral, sobre las esculturas que rematan la fachada y sobre toda Sevilla al fin, cuando nos hallamos en el piso de las campanas. Desde la balaustrada miramos. Sevilla es un inmenso relieve; el Guadalquivir es una cinta que le bordea desgajando el caserío de la barriada de Triana. A nuestros pies, la plaza del Triunfo, el Alcázar, más allá San Telmo, la fábrica de tabacos, los jardines de Murillo y Catalina de Ribera y la Exposición con sus torres de la Plaza de España, que quedan ya muy por bajo de nosotros... En otra dirección la plaza de San Francisco con el plateresco Ayuntamiento y el principio de la popularísima calle de las Sierpes. No hay español que no sepa que Sevilla tiene una calle de las Sierpes; Cervantes ya la

mencionó ; al llegar a la ciudad hispalense se siente un deseo irresistible de conocer la renombrada vía. No hay español tampoco que al penetrar en ella no experimente una desilusión : no es ancha, ni es estrecha, ni la forman grandes edificios, ni su concurrencia tiene un sello determinado ; hay en ella casinos aristocráticos y cafés populares ; establecimientos de lujo y otros de menor cuantía. Es vulgar? Es principal? Nada de eso ; es familiar y, desde luego, la más animada de la población. Eso es todo y quizá su secreto estribe en que no circulan los carruajes por ella. Es una vía que abrevía el paso de una a otra parte de la ciudad y es calle de tertulias y corrillos; fácil es encontrar en ella a quien se busca, no siendo mujer, porque las mujeres apenas si se ven por allí. La mujer en Sevilla no huye del hombre pero está acostumbrada a verle poco y, desde luego, no en la vida corriente sino con cierta solemnidad, en el paseo en coche, en teatros o salones... por la calle, nunca o casi nunca, si no es mora tiene algo de la sangre musulmana : guardada por los hombres aprende a no mostrarse ante ellos con la prodigalidad que quisieran los ojos masculinos...

La calle de las Sierpes desemboca en la Campana ; más allá está la plaza del Duque. En Córdoba cuando se habla del Duque se hace referencia al de Ribas, en Sevilla al de la Victoria y eso que aquel popularizó a esta ciudad en los conocidos versos del « Don Alvaro » ...

Vemos desde la Giralda el barrio de la Macarena, la Alameda de Hércules, el arco y las murallas romanas y, tras el río, Triana con su Patrocinio y su Cartuja, esa Cartuja donde se fabrican las vajillas en uso en casi todas las casas de España con dibujos chinescos y con orla de entrelazadas curvas floreadas...

Mirando en otra dirección la calle de los Hermanos Quintero nos lleva al Salvador, exaltación del barroquismo en una ciudad donde lo barroco abunda, y más allá a la Universidad ; más lejos vemos la casa de las Dueñas y la de Pilatos...

En la orilla próxima del río la Maestranza con su Plaza de toros, la Casa de Caridad, los grandes hoteles y salvándolo por el nuevo puente de Alfonso XIII, la corte de Tablada con la carabela « Santa María » y entre los dos brazos de la caudalosa vía fluvial el aerodromo de Tablada...

Adios, adios a todo. Desde lo alto de la soberbia torre mudejar recojo la impresión de conjunto que no se borrará de mi imaginación... Adios, ciudad por tantos conceptos favorecida...

Descendemos rápidamente por las rampas de la torre no sin dejar registrada nuestra visita... Seguramente, si Dios no dispone otra cosa, nuestro recuerdo durará más que los deleznales trazos marcados con un lápiz en los acogedores muros del antiguo alminar... El nos saludó al llegar, él debe recibir nuestra manifestación de despedida.

XI

El bienestar

Salimos de Sevilla a mediodía en dirección a Málaga. Entre los días bastante soportables de Junio del 1930, que de excederse en la temperatura fué más bien para refrescar el ambiente, acompañando a trastornos admosféricos que dejaron huella en los campos con sus extensas inundaciones, apareció el de esta etapa de nuestro viaje como uno de los más calurosos. Durante tres horas experimentamos los rigores de una primavera ansiosa de convertirse en verano. Y tal sería el recuerdo único de esta andanza, ya que la ocasión no era propicia a buscar las ventanillas como no fuese para cerrar el paso de los rayos solares por ellas, si la compañía de unos viajeros amables y, a la par, correctamente desenfados no nos hubiera proporcionado amena distracción durante la rigurosa prueba. Porque dos de entre ellos; un sacerdote murciano y un viajante andaluz, injerto en madrileño, sacaron a concurso todo el arsenal de ocurrencias, chascari-

llos y humoradas que, en gran provisión, guardaban para poner el chiste en el ambiente jugando con él como si se tratara de una pelota en campo de *foot-ball*. Chiste de buena ley, selecto siempre, de buen gusto, y como es natural, de gracia ostensible. A decir verdad fué en esa tarde de tren desde Sevilla a Málaga cuando nos sentimos saturados de la agudeza, que tanto nos habían anunciado, en la tierra de María Santísima... pero, a decir verdad también, el chiste no era andaluz ni expontáneo, era, sí, español, a darle vida habían contribuido todas las regiones de nuestra tierra... Tuvo virtualidad bastante para hacer ligero un recorrido que, por las trazas, había de pesarnos mucho.

En Bobadilla fué cambiando la decoración ; se vieron nubes en el cielo, sin que el agua cayera, el tiempo se hizo llevadero y el panorama se ofreció a nuestra vista sin hacernos pagar la crecida cuota de nuestra sofocación. Así vimos, rápidamente, pero con toda nuestra atención absorta ante el prodigio, la colosal obra de El Chorro, pantano lleno de atrevimientos ingenieriles en un ferreo cuya accidentada estructura produce sorpresa extraordinaria... Cascadas esbeltas como gigantescas colas de caballo, caminos a media ladera de ingentes moles, cursos de agua en desfiladeros inverosímiles... naturaleza, más que vencida, aprovechada por el ingenio humano...

El calor va atenuándose a medida que la tarde y el convoy avanzan y estamos próximos al crepúsculo cuando arribamos a la estación de Málaga y nos instalamos a poco en uno de los varios hoteles de la renombrada calle del Marqués de Larios. El tiempo preciso para asearnos fué el que tardamos en lanzarnos a recorrer el centro de la población, decimos mal, el centro de la zona que da al puerto, zona elegante, de moderno aspecto y en la que se hace ostensible la riqueza de la ciudad. Al día siguiente la recorrimos toda o casi toda, por lo menos la que se extiende a la izquierda del humilde Guadalmedina y obtuvimos la impresión de que hay

en ella la cantidad de Andalucía estrictamente precisa para ocupar un trozo del territorio regional. Lo más saliente de Málaga es su parte moderna ; la antigua no presenta verdadero aspecto turístico, pero en todo lo que se ve se advierte una sensación de bienestar ; debe dar gusto vivir en Málaga.

Lujosos, elegantes y alegres los ricos barrios de la Caleta y el Limonar, residencias en todo tiempo de gentes que viven aspirando el perfume de los jardines que rodean los innumerables *chalets* o se albergan en hoteles de primer orden entre los de tal categoría que se alzan en España ; completos para el deporte y para la natación los baños del Carmen ; alegre el extremo barrio de Palo y alegres también las proximidades de nuestro hotel donde hasta la madrugada oímos las notas del canto flamenco, cuando no las de la pianola de rigor... Soberbia la Catedral por sus dimensiones, hermosos el Parque y las alamedas y concurrido el puerto... Málaga nos mostraba de nuevo el *mare nostrum* que dejamos en Barcelona diecisiete días antes... Qué aspecto el de esta población en la que no se ve un guía que quiera mostrarle nada al visitante, que no se ve un pobre que pida limosna, ni se ve al público callejero con el carácter especial de otras poblaciones andaluzas... Qué deliciosa temperatura veraniega y qué embalsamadas brisas las que olean las vías de la ciudad... Todo respira en ella bienestar, los que la visitan, como nos pasó a nosotros, sienten dejarla porque es una verdadera estación, no invernal como suele anunciarse, sino de todo tiempo y, seguramente, de las que pueden poner con justicia en el matasellos de correos la leyenda de su clima ideal.

Es grande, muy grande : el tranvía tarda cerca de una hora en recorrer la línea de circunvalación pero fuera de la Alcazaba y el Castillo de Gibralfaro, ruinas de monumentos históricos, es poco lo que puede atraer al visitante que busca reliquias de otros tiempos... Cuando pregunte lo que hay que ver en la populosa ciudad le dirigirán a la calle de Larios, única en su arquitectónica uniformidad y saliente en la ele-

gancia de sus establecimientos, verdadero centro de la urbe, o le aconsejarán que recorra el paseo del Faro, para admirar desde éste la perspectiva de la población con las montañas que la dan fondo y se extienden en dirección a Gibraltar... o le encaminarán a los baños... o a los barrios marítimos en los que se alzan entre el soberbio Parque y la Caleta el hermoso edificio, también moderno, del Ayuntamiento y otras dependencias oficiales porque se busca en Málaga la caricia de los aires de mar... le indicarán en fin que salvando alguno de los modestos puentecillos sobre el río pase a su margen derecha y penetrando en un templo admire un Cristo que puede parangonarse con las imágenes sevillanas y observe como se realizan los preparativos para ofrecer al turismo una Semana Santa, que pueda con el tiempo, rivalizar con la de la cabeza de Andalucía...

Un espectáculo presenciarnos, propio de puerto de mar de categoría ; el trasatlántico « Marqués de Comillas » zarpó de la rada malagueña en una de las tardes de nuestra estancia con rumbo a América. Por primera vez vimos al barco surcar toda la dársena avanzando de popa para virar ya fuera de ella, a mar libre, en un mar que aquel día aparecía llano como un espejo. Y entre los que despedían a los numerosos viajeros y los curiosos atraídos por el espectáculo, una muchedumbre presenció la operación desde los muelles dándonos la sensación de algo típico en la vida de la ciudad.

En la que nos pareció que fuese cual fuese el paraje visitado la gente vivía satisfecha, tan satisfecha como el asturiano que llegado a Málaga en su infancia para desempeñar modestos oficios supo labrarse con su trabajo una envidiable posición llegando a ser dueño del hotel en que nos alojábamos y de otro situado en la misma principalísima calle de la ciudad.

Y en esa satisfacción, en ese bienestar estriba la fortuna de la antigua colonia fenicia, porque sólo para disfrutarlo, sin concreción de propósito artístico alguno, merece ser visitada y siente el que la visita deseos poderosos de vivir en ella.

XII

El encanto

Madrugando mucho salimos de Málaga dejando de nuevo las orillas del Mediterráneo para adentrarnos buscando la zona que delimitan las dos sierras Morena y Nevada. Admiramos de nuevo la obra gigantesca del Chorro y en Bobadilla nos desviamos de la línea que habíamos seguido a nuestra llegada tomando asiento en un tren que se dirigía a Granada. No era mucha la afluencia de viajeros y podíamos movernos en el convoy con relativa holgura contemplando los campos del sur de Andalucía alternativamente cultivados y áridos y recordando con los nombres de las estaciones sucesos históricos de no muy larga lejanía, algunos de ellos, como ocurrió con Antequera, patria del *husar* como se denominaba al popular político de tiempos recientes, don Francisco Romero Robledo, y Loja, tierra natal del *Espadon*, pseudónimo con que se satirizaba al general Narvaez. Más adelante, Santafé nos trasplantó a los años memorables de la conquista del último territorio musulmán español y al dejarla atrás, poco tardamos en admirar el escenario de la ciudad, la sierra y la vega granadinas.

Y aquí es donde el alma siente el sobrecogimiento inefable de lo misterioso, al divisar unas torres que surgen de un espeso bosque de altos árboles sobre el fondo de ingentes montañas que corona la blanca cabellera de la nieve. Bello panorama que encubre la ciudad y deja adivinar la escondida riqueza de los palacios árabes encuadrados en un recinto delatado apenas por los altos torreones. Para la vista, un encanto; para el espíritu, una ilusión; para los sentidos y para el alma, una atracción irresistible...

En aquel estuche de la vega y de la sierra la ciudad de Granada se tiende gozosa de su presente y orgullosa de su pasado, de ese pasado en que se enlazan las delicias del reino

de los Alhamares, con el naciente poderío de los definitivos reinos cristianos, a cuyos dos períodos históricos sirve de brillante broche.

Cuando atravesamos el arbóreo recinto y queremos desflorar el misterio nos encontramos con una urbe de carácter mixto ; en lo alto lo típico ; abajo lo moderno ; a los lados de una línea que forma la Gran Vía, la calle de los Reyes Católicos, la Puerta Real, el Embovedado y el paseo del Genil y la serie de los otros paseos que van a rematar en la vega. Al lado derecho podemos encontrar salpicando la ciudad la obra de los Reyes Conquistadores y posterior, a la izquierda el Albaicín, la carrera del Dorro y la eminencia en que se asientan, primero, la Alhambra y después, el Generalife... Ya fuera de la ciudad, podemos visitar la Cartuja y el Sacro Monte, relativamente modernos porque para nosotros la antigüedad en Granada es árabe y en ningún otro paraje como en la ciudad del Dorso y del Genil se nos ofrece esa antigüedad más completa, más acabada, más evocadora...

No es sólo que os sorprenda la maravilla de alicatados en paredes, en bóvedas y artesonados ; y que además os asombre el soberano arte de las fuentes, el alegre susurro de las aguas, y la espléndida magnificencia de los baños y soberbia visualidad de los miradores... es que doquiera encamineis vuestros pasos trabajará vuestra imaginación y verá surgir ante la extasiada vista figuras de otra época que sentireis reconstituida por vuestro espíritu encantado : aquí el Rey con su Corte, recibiendo embajadores, de otros pueblos ; allí la favorita sumergiendo su cuerpo perfecto en las tibias aguas del baño ; más allá los altos dignatarios esperando audiencia ; en esta estancia forjando el plan de la defensa de la ciudad ante el cerco de los cristianos ; en la otra lanzando sobre el traidor la fatal sentencia... y en los jardines, aspirando el perfume de las flores, las mujeres del harem, mirándose en las aguas como en un espejo o extendiendo las manos para que al caer el finísimo hilo de los surtidores les ofrezca el dulce coquilleo de su juguetona frescura...

Alhambra!... Generalife! He ahí el encanto, el insospechado encanto que sujeta al espíritu para llevarlo a donde quiera la imaginación guiada por una sugestión inexplicable...

Desde una y otro, Granada se ve tenderse a los pies como rindiéndoles pleitesía y el Darro presuntuoso de sus sedimentos del rico metal y el Genil saltarín, parecen correr gozosos para proclamar la gloria de aquellos recuerdos en los que viven perpetuamente los días grandes del Reino granadino...

Despintando completamente del conjunto, el palacio de Carlos V se alza en el recinto de la Alhambra. Ni está terminado ni debió comenzarse... Triste sino de las joyas arquitectónicas de aquella época en que los moros españoles alzaban sobre el pavés la cultura más completa a que llegó su raza... triste sino que, al caer en sus manos, los cristianos rompieran la unidad de la obra que era factor de su belleza... Pero, no importa, la imaginación que campea feliz por las salas, patios, miradores, torres y jardines del Palacio encantado sabe prescindir de adherencias que, por muy soberbias que sean, resultan del todo inoportunas...

Cuando descendíamos de la Alhambra, dispuestos a leer los Cuentos de Washington Irving, nos pareció que Granada era aquello .. que todo lo demás de Granada era otra ciudad... otra ciudad iniciada en el mismo momento que Isabel y Fernando recibían de manos de Boabdil las llaves del último emporio de los musulmanes españoles...

Y en esa ciudad, bonita y risueña, contemplamos la soberbia Catedral, evocamos el recuerdo de Fray Luis de Granada a vista de su estatua y nos convencimos de que cuanto de la época árabe había tenido el mismo asiento había sido suplantado por modernas edificaciones, aunque una plausible honradez histórica resucitara la vida de aquellos tiempos en los nombres de algunas vías, no limitándose a recordar parajes y edificios sino también los personajes salientes de aquella época. Así Aben Amar, Boabdil, Aliatar, Abu Ishac, Alhamar... figuran perpetuados en las losetas de algunas ca-

lles. Nihilísimo proceder de una ciudad que, olvidando prejuicios de raza, dedica a quienes la engrandecieron el tributo de su perenne recuerdo...

Pero, de la vida moderna de Granada apenas pudimos formarnos ligera idea por las referencias de unos buenos amigos. Nosotros vimos una población en fiestas, llenas de color sus calles invadidas por una multitud, en su mayor parte ajenas a la urbe... Eran los días del Corpus que constituyen para Granada los de mayor regocijo del año... Y de tales fiestas participamos presenciando el típico paso de los gigantes, una pareja de reyes moros que recuerdan a propios y extraños como la gloria del pasado granadino estriba en el brillo de la corte de los Alhamares. Acompañaba a aquellos monstruos la *tarasca*, señorita moderna que, pisando un dragón de fuego no sabemos si pretende dominarlo con femeniles artes o busca apoyo en él para pregonar, ostentándola, la moda del día; presenciemos también la procesión de la Sagrada Eucaristía, solemne y severa, exhibiéndose en ella algunas riquezas del tesoro religioso de la ciudad; vimos un castillo de fuegos artificiales y una corrida de toros en la que nos pareció advertir que el público, con todo y ser andaluz no era más inteligente en la materia que el de las plazas catalanas de la Ciudad Condal y admiramos, por último, las soberbias iluminaciones de las principales vías de la población... En estas, Granada echa el resto y ellas solas dan por bien empleado el viaje a quien visite la ciudad con ánimo de gozar de las fiestas, porque sinceramente declaramos no haber visto cosa igual en ocasiones análogas, ni aún en ciudades mucho más importantes y populosas que Granada. En particular el paseo del Salón estaba sencillamente soberbio mostrando en artística combinación de lámparas de colores una reproducción de los artesonados árabes más sorprendentes...

Fuera de estos detalles puramente ocasionales, habremos de anotar aquí uno que descubre lo que debe constituir el carácter de los habitantes de la ciudad... Es la devoción a la

Virgen de las Angustias, que venerada en el altar principal de su Iglesia en pleno paseo del Genil se ve constantemente visitada... Rodeada de flores y esplendidamente iluminada se muestra en su altar como en un trono desde el que reina en los corazones de los hijos de la ciudad. Si al pasar ante el templo, a pié, a caballo, en auto o en tranvía, veis que alguien deja de descubrirse podeis asegurar rotundamente que ese alguien no es granadino.

Si este hecho no probara la religiosidad de aquellos habitantes la revelaría el gran número de templos con la Catedral al frente, soberbia en su estilo netamente español, archivo de recuerdos en su capilla de los Reyes Católicos donde bajo monumentos funerarios que ostentan las estatuas yacentes respectivas se guardan los restos de los Conquistadores de la Ciudad con los de su hija Doña Juana y el esposo de esta, Felipe el Hermoso, por cuyo amor enloqueció aquella. La Iglesia de San Juan de Dios muestra las reliquias de esos abnegados hombres que murieron por amor al prójimo en lejanas tierras. Fuera de la ciudad, la Cartuja, digna de verse y admirarse por su soberbia arquitectura interior, guarda la hermosa talla de un San Bruno *que no habla por ser cartujo* y el prodigio de una Cruz pintada en el testero del refectorio con tal acierto que las golondrinas engañadas acuden a posarse en el figurado relieve del figurado madero. Pero, sobre todo, llama la atención la soberbia sacristía en que el agata presta a la fantasía ancho campo para la interpretación de los dibujos que forma el veteado superficial de la piedra, dibujos tan heterogéneos como que en uno de ellos se reproduce la efigie del Salvador coronado de espinas y en otro la figura de una maja de Goya...

Los barrios populares se extienden en la dirección del Darro cuya carrera está flanqueada por hermosos huertos y modestas casitas que luego se encaraman en las faldas y alturas del Albaicín, salpicadas hoy de artísticos hotelitos presidiendo a los *carmenes* que alegran los contornos de la ciudad...

Y entre esa altura del Albaicín, que con todo valor ganamos en auto, y las de la Alhambra queda un boquete que sirve para mirar como se extiende la ciudad a los pies de una y otra... A espaldas de estas dos elevaciones se alzan las Escuelas del Sacro Monte que perpetúan el nombre del Padre Manjon y en sus proximidades se abren las cuevas donde los gitanos trabajan y organizan las zambras que contribuyen a dar a los extranjeros la falsa idea de que visitan un país de pandereta...

Desde los miradores de la Alhambra, se ve seguir bordeando la línea del Darro las recuas de borriquillos cargados con los botijos que contienen la riquísima agua del Avellano... Tenemos que confesar que el temor de una equivocación nos privó de beberla como la aversión a toda mixtificación nos privó de retratarnos, como es costumbre, vestidos a usanza mora apoyados en los alfeizares de un ventanal del Palacio musulmán...

XIII

Ay! vega la de *Graná*...

No he sido nunca admirador del *cante jondo*... ; no lo soy de los cantos populares, en general... Sin duda, obedece este hecho a que los he conocido en su propia salsa después de haberlos oído bien aderezados sobre las tablas de un escenario... No quiero, pues, decir si la jota, el zortcico, las seguidillas o las *soleares*, podrán impresionar a quien por primera vez los oiga salir de la garganta de un labriego o de una mujer del pueblo... Seguramente, cuando inspirándose en ellos los *pula* un maestro y los acompañe de una orquestación rica y variada, mejorará esa impresión primera... A mí me ha ocurrido que los oí en la escena antes de conocerlos en su origen... y claro, bajé un escalón... ¡Así lo digo sinceramente!

Par eso cuando escuché a una de tantas *niñas* que gorgo-

ritean desde un tablado no pude menos de preguntar si aquello sería un medio de vivir. Y lo era, porque el público aplaudía a rabiar... Y no es que yo negase el mérito a los *cantaores* y *cantaoras*, lo tienen y muy grande, pero así como el clásico hablando de las comidas en el campo decía que

en casa de mi amigo

Pepe el Senador

se come mucho mejor...

yo recordaba que en algunas obras teatrales había oído el *cante andaluz* no sólo bien cantado sino mejor floreado y brillantemente acompañado con una maestría de composición que aseguraba su belleza.

Aquel *cante jondo* me pareció una reminiscencia del tiempo de los moros ; desde luego, superior en su estado actual a lo que debió ser en aquella época, como puede comprobarse comparándolo con las monótonas canciones que por radiofonía nos transmiten frecuentemente los argelinos... pero con toda esta superioridad vinieron a mi memoria aquellas estrofas de *La Chavala* en que el maestro Chapí puso todo el sentimiento de Andalucía...

Ay, barrios los del Perchel
y los de la Trinidad...

Ay, campos los de Jerez
y vega la de *Graná*...

síntesis de los recuerdos que la propia Patria dejaba en un corazón ausente...

Y cuando escuchaba los cantares populares no podía menos de recordar la dulce melodía de aquella romanza tan popularizada que exaltaba, entre otros parajes dignos de perpetua admiración esa vega deliciosa que rodea la ciudad de los Zegríes y Abemarrajes...

Ay... vega la de *Graná*.

Bien merece, por cierto, que se la cante porque es hermosa... Parte de ella recorrimos y nos pareció que completaba el encanto de la urbe que la preside... Es toda poesía ; lo es

en sí y lo es porque está encerrada en un recinto de bellezas naturales. Dejar la Alhambra, dejar el Generalife, dejar la vega, debieron ser para Boabdil penas más hondas que dejar el trono... Nada más lógico que aquel histórico suspiro en que el último monarca musulmán debió encerrar esa exclamación tan sencilla y tan honda :

Ay, vega la de *Graná!*

Con avidez nos saturamos de ella para hacer duradera su imagen en nuestra retina y cuando dejamos la ciudad encantada fuimos dirigiendo nuestro adiós a la hermosa campiña de alegres cármenes hasta perderla de vista.

Rapidamente nos alejó el tren de aquellos lugares y quedó en pos de nosotros la tierra andaluza de la que nos llevábamos recuerdos imborrables y como documentos en que archivarlos los pétalos suaves de las rosas de Córdoba, de los claveles del Alcázar de Sevilla y de los pensamientos de la tumba de Joselito con las aromáticas ramitas del arrayán que embellece patios y jardines de la Alhambra...

Se iniciaba ya la noche cuando en Baeza subimos al expreso que había de llevarnos a otra vega, a otra vega más extensa, más conocida... la vega valenciana a la que llegamos cuando el sol de un nuevo día nos saludaba con el esplendor de su disco de fuego.

XIV

Camino de casa

Del sueño incómodo en el tren despertamos cuando las notas de la alborada cantan el triunfo de la región, de esa región valenciana en que vi la luz primera y para la que guardo los amores de un buen hijo.

Pero en el recorrido de esa huerta donde a España tienen sus jardines

un tapiz de rosas, nardos y claveles

permanecí mudo. Fuí un oyente de la conversación de los compañeros de viaje y experimenté la íntima satisfacción de no escuchar más que elogios, tanto más de estimar cuanto que en el departamento era yo el único valenciano.

Tienen rico tesoro

los naranjales de las riberas,

penden racimos de oro

bajo los arcos de las palmeras,

y al cruzar ríos y acequias que fertilizan la más feraz huerta de España

murmura el agua cantos de alegría

que nació a los ritmos de guitarra mora

esa guitarra y esos ritmos que con la floreciente agricultura constituyen el legado perdurable de aquella época musulmana que dejó palacios de ensueño en las tierras andaluzas.

Aroma de flores, colores de frutos, verde alfombra cubriendo el suelo bajo el limpio azul del firmamento, en un terreno pobladísimo que frecuentemente deja apreciar el aspecto de riqueza de los pueblos que va buscando el tren a su paso nos preparan para entrar en Valencia, la Atenas de Levante que, por ser mi ciudad natal, saludo con emoción profunda y con alegría indefinible.

Cuando dejando la hermosa estación del Norte veo a mi frente la mole del Miguelete y las amplias avenidas que han sucedido a viejos solares y antiestéticas barriadas de otros tiempos, no puedo menos de recordar mis pasadas andanzas en la urbe que baña el Guadalaviar y extiende sus edificaciones hasta hacerse besar por las olas del mar latino.

El antiguo convento de San Francisco, cuartel más tarde, cercado de altos paredones, es hoy la espléndida plaza de Emilio Castelar donde el visitante encuentra en un artístico mercado de flores las características de aquella tierra. El barrio de pescadores, de miserable aspecto, que enfrentaba con uno de los paredones del casi olvidado cuartel, es hoy una de las zonas urbanas más atractivas por su edificación de las

muchas que constituyen la Valencia moderna. Estas inevitables comparaciones traen a la memoria hechos de mis años infantiles y de mis años mozos, aquellos en que acompañando a mi padre en sus servicios militares pasaba largas horas en el desaparecido convento, o veía desde él alguno de esos brillantes desfiles valencianos que han hecho de la ciudad del Turia un modelo en la organización de las fiestas populares. Y recordabo las *fallas* de San José, llenas de gracia intencionada; los *milacres* de San Vicente Ferrer, tan sugestivos para los niños; las procesiones del Corpus, brillantes y pintorescas, con sus rocas, sus gigantes, sus figuras bíblicas y los *sirialots* monumentales; la feria de Julio, conjunto de festejos airayentes, algunos tan cultos como los Certámenes musicales, muestra patente de las ejemplares aficiones de los hijos de la región, otros tan deslumbrantes como los insuperables castillos de juegos de artificio y otros de tan refinado gusto como las batallas de flores, la primera de las cuales, que lo fué no sólo de Valencia sino de España, tuve la satisfacción de presenciar... Subsisten estas manifestaciones del exquisito arte de los valencianos, acrecentadas con los años y son realmente orgullo de la ciudad y motivo más que justificado para atraer a los extraños.

Presidiendo el moderno jardín de las Hespérides que constituye su huerta incomparable, da Valencia constantes muestras de su pujante engrandecimiento que asombran por su rapidez a cuantos la visitan con frecuencia... Como hijo de la ciudad, se ensancha mi corazón al advertir los adelantos que experimenta y cuando el carillón de las Casas Consistoriales lanza en son de triunfo las notas características e iniciales del himno regional, siento en el alma una emoción vivísima...

Los valencianos aman a su tierra entrañablemente y expresan ese amor en todas las formas de que son capaces, mostrándose orgullosos de su patria chica. Sobrados motivos tienen para ello porque la bella ciudad del Cid reúne en precioso ramillete de atrayentes cualidades la gracia de sus

artistas, la alegría de sus fiestas, el bienestar de sus moradores y el encanto de sus mujeres...

Pero esos mismos hijos de la urbe valentina, cuando en la intimidad se franqueen con vosotros os expondrán lo que a su juicio podría mejorar el actual estado de aquella; parecerá en el primer instante, que quisiera revelaros sus defectos, pero no es así, lo que hacen es soñar con mayores embellecimientos y manifestaros sus cuitas porque todavía no se han alcanzado. En esto difieren mis paisanos de los hijos de otras comarcas; estos os harán siempre el elogio de su tierra, los valencianos os confiesan su pesar porque la suya no alcanza la plenitud de belleza y grandiosidad con que soñaran sus entusiastas hijos...

No pueden estas notas encaminadas a exteriorizar la impresión de una visita a Andalucía, multiplicarse tratando con la merecida extensión de esta tierra levantina tan admirada por propios y extraños. Por separado, en ocasión adecuada, si Dios es servido, podré dedicar a mi tierra natal idéntica labor de exteriorización. Hoy hablo de ella, al paso, porque tampoco hay derecho a omitirla ya que constituyó una etapa de mi excursión.

Conste, pues, que recorrimos la ciudad, ya muy conocida nuestra, dando la preferencia en nuestros paseos a la visita a Ntra. Sra. de los Desamparados, esplendorosa en su capilla, exornada con las ricas preseas ofrecidas por altos visitantes y agradecidos devotos y teniendo a sus pies a los fieles que incesantemente la veneran en el artístico templo. De nuevo vimos la Catedral; la Lonja, ejemplar soberbio de gótica arquitectura; las torres de Serranos y Cuarte; el Museo de San Carlos, que el arte de los maestros del siglo XVII y de los Sorollas y Benlliures de nuestros tiempos, eleva al segundo de España; el interesantísimo Museo paleontológico; el palacio de la Generalidad; los jardines del Real; los mercados modernos, verdaderos modelos en su género y, por no citar más, los diversos parajes embellecidos en el trascurso

de los años por el gusto de las nuevas edificaciones y el acierto en las reformas que han abierto nuevas y amplias vías en distintas zonas de la ciudad.

Por feliz coincidencia pudimos presenciar una vez más, la procesión del Santísimo Corpus Cristhi, pues la lluvia persistente del día señalado, obligó a suspenderla hasta el de nuestra llegada a la ciudad del Turia. Y ante nuestra vista desfilaron los carros que alfombraban la carrera de mirto; los enanos con sus típicos bailes; los gigantes, las largas hileras de fieles que acompañaban a más de cuarenta imágenes, marchando al son de trece músicas.

Pasar por Valencia, después de ver y admirar Sevilla, es siempre motivo para recordar una latente rivalidad entre dos ciudades que se hallan en el mismo grado de la gerarquía urbana española. De esa rivalidad que más bien debe llamarse emulación no pueden deducirse más que beneficios para una y otra urbe, en un afán de superación constante. Pero, tanto una como otra, al alentar sus propios progresos obran como hermanas.

Si un día el Migaelete alcanza la elevación que pretendieron sus proyectistas, esta torre gigante a modo de palmera que expresa sus amores a la lejana pareja, enviará a la Giralda su saludo como manifestación de amor entre dos ciudades que se embellecen para ofrendar nuevas glorias a España.

Para ello precisamente se organizó hace veintiun años la Exposición valenciana, bello alarde del gusto levantino del que, como huella perdurable, ha quedado ese himno que se oye por doquier sin recelo y que proclama la comunión del antiguo reino en el amor de la madre España.

Después de recibir agasajos inolvidables de los buenos amigos recorrimos en horas diurnas la línea férrea de Valencia a Barcelona para renovar el conocimiento de interesantes parajes que ya nos eran familiares. La población marítima de la capital donde se encuentra el puerto de mayor exportación de España, en el que el día anterior vimos fondeado el

vapor correo que une la ciudad del Turia a nuestra *roqueta*; el Puig que evoca las hazañas del rey Don Jaime conquistador a la vez de Valencia y de las Baleares; la histórica ciudad de Sagunto llena de testimonios de su glorioso pasado y cercana a los altos hornos donde la industria nacional ha encontrado otra potente demostración de sus alientos; los bosques extensos de naranjos donde se alzan ricas y felices poblaciones de riente aspecto, Nules, Burriana, Villareal, Castellón, capital esta que encierra el recuerdo de mis primeros pasos en la vida, correspondidos con un cariño inextinguible, en ella recibí las enseñanzas elementales de carácter primario; en aquel Instituto cursé la mayor parte del Bachillerato de nuestros tiempos; allí por primera vez di a la imprenta en trabajos periodísticos los humildes frutos de mi inteligencia y, en aquella tierra, donde reposan mis ascendientes tengo firmes amistades que nacieron entre los juegos infantiles. De Valencia y de Castellón no sabría hablar más que con cariño, y aunque pusiera en mis palabras todo el deseo de una imparcialidad absoluta, no podría evitar que se me oyera con algún escepticismo.

Poco después de Castellón se admira la playa privilegiada de las Villas de Benicasim con su próximo yermo del Desierto de las Palmas; más tarde el peñón ingente de Peñíscola unido al recuerdo de Amílcar y vinculado a los anales de aquellas luchas religiosas que pasaron a la historia con el nombre de cisma de Occidente, en los que fué la vetusta ciudad, corte pontificia del tenacísimo Papa Luna tan conocido por sus virtudes como por el tesón con que defendió sus derechos a la silla de San Pedro.

Cruzamos, más tarde, la vega fecundada por los canales del Ebro caudaloso que baña la ciudad de Tortosa y alcanzamos pronto las históricas murallas de Tarragona, la antigua capital de la España citerior, pletórica de recuerdos de un pasado de grandezas; contemplamos, luego, las costas de Garraf como últimas de la serie de las que en nuestro viaje vemos besar al

mar levantino y nos deslumbran al fin, los destellos de la iluminación espléndida de la Exposición internacional de Barcelona a cuya ciudad arribamos al iniciarse la noche para restituirnos a la compañía de nuestra familia.

Una paradógica estancia de reposo en la agitada urbe de los Condes constituyó la última etapa del viaje que nos proporcionó ocasión de despedirnos del grandioso certamen casi en vísperas de su clausura.

Y quiso la Providencia depararnos una travesía tranquila para reintegrarnos a esta *roqueta*. Un mes justo se invirtió en nuestra excursión y el final agradable fué un digno coronamiento de ella.

* * *

De este viaje guardaremos perdurable memoria. Por nada lo cambiaríamos, si tal cambio fuese posible, porque nada existe que supere al elemento memorativo en los actos que regocijan nuestro espíritu. Cuando lo recordemos nos parecerá que seguimos gozando las mismas satisfacciones experimentadas.

Nosotros hemos visto las poblaciones españolas invadidas por la fiebre del embellecimiento, tal vez exagerada en algunos casos en perjuicio de lo típico, pero siempre inspiradas en un espíritu local digno de loa; hemos renovado antiguas amistades y engendrado otras, nuevas al calor de esa comunicación proverbial a los españoles y hemos satisfecho inspiraciones largo tiempo sentidas. Más sobre todas esas impresiones ha quedado en nosotros una envanecedora enseñanza; la de que el español para elevar su espíritu y sentir el pecho henchido de gozo por la admiración de lo grande y de lo bello no ha de salir de su Patria. Ella encierra un tesoro de encantos imposible de superar. Y este convencimiento nos llena de patriótica alegría.

JOSÉ COTRINA

Mahón, agosto 1930.

Contribución al estudio de la Tramontana

DURACION. -- En el segundo método nos hemos servido del fenómeno estudiado por H. Coschmieder (1). Dicho autor ha demostrado que la presencia del edificio dentro del cual está colocado el barómetro produce una perturbación en las indicaciones de este aparato, cuya magnitud depende de la fuerza y de la dirección del viento. Como ni una ni otra son nunca rigurosamente constantes el efecto producido consiste en una ondulación especial de la curva del barógrafo de vaivenes tan apretados que en muchas ocasiones se traduce sencillamente por un ensanchamiento anormal del trazo. El aspecto de estas curvas ensanchadas es suficientemente característico para que no pueda confundirse con ninguna otra perturbación. Aunque en realidad este fenómeno depende directamente de la estructura microscópica del viento y es tanto más sensible cuanto más rápidas e intensas sean las variaciones del mismo en fuerza y dirección, como no se produce sino cuando la fuerza media llega a adquirir un valor suficiente, se comprende que podrá utilizarse para determinar la duración total del viento de fuerza superior a este límite. Dicho en otras palabras: para que el fenómeno se produzca es preciso que se reúnan dos circunstancias: que la fuerza media del viento exceda de cierto valor y que sople racheado. La experiencia demuestra que dicho límite inferior corresponde a la velocidad de 7 m. por s. y que es racheado siempre con violencia suficiente para actuar sobre el barógrafo desde que excede de los 10 m/s , es decir que nunca queda registrado por el barógrafo un viento de velocidad inferior a 7 m/s y nunca deja de quedar registrado un viento de velocidad superior a 10 m/s . Por lo tanto, en el punto donde empieza el ensanchamiento de la curva del barógrafo podrá asegurarse que el viento ha adquirido una velocidad comprendida entre 7 y 10 m/s con una probabilidad muy grande a favor de los 9 m/s y en el punto donde termina podrá asegurarse que la velocidad del viento ha descendido por debajo de este valor. Estos puntos se pueden señalar sobre la banda del registrador con una imprecisión que nunca llega a valer una hora y en la mayoría de los casos ni diez minutos, de modo que la determinación

(1) Medidas de mareas de la presión atmosférica. (Anales de la Sociedad española de Meteorología, Vol. III, núm. 4.)

de la duración total del viento de velocidad superior a 9 m/s hecha por este procedimiento, comporta un error inferior a dos horas. El cuadro número 5 resume los resultados. La primera columna contiene intervalos de tiempo crecientes de dos en dos horas; la tercera contiene el número de veces que se ha observado viento Norte de duración comprendida entre el intervalo que tiene en frente y el anterior. La cuarta columna contiene las probabilidades de persistencia en la misma forma que hemos hecho para los índices, es decir, que estos números expresan la probabilidad de que siga el viento Norte con fuerza superior a 9 m/s después de haber soplado con esta fuerza durante el intervalo indicado por los números de la primera columna. En realidad, las probabilidades de los últimos intervalos carecen de significación por ser manifiestamente insuficiente el número de observaciones. Dividiendo la suma de todos los intervalos de dos horas en que ha habido viento N. fuerte por el número total de pares de horas en cuatro años se obtiene la probabilidad de que en un intervalo de dos horas cualquiera ocurra el fenómeno considerado. Dicha

probabilidad resulta pues $\frac{1259}{17432} = 0,072$ que como se ve

es muy pequeña: de cada cien pares de horas habrá siete solamente con tramontana fuerte. De aquí se puede deducir el número de veces que debería observarse el fenómeno durante un intervalo de tiempo dado en el supuesto de que lo que ocurre durante un intervalo de dos horas no influye sobre lo que ocurre en el intervalo siguiente. Resultan los números de la segunda columna del cuadro 5 que difieren enormemente de los observados. Fácilmente se advierte examinando estos el notable predominio de algunos intervalos particulares, que se dan con mayor frecuencia que los demás. Los períodos de 6, 22, 34, 44, 50 y 60 horas son los más frecuentes. Los de 18, 26, 38, 46 y 54 los menos frecuentes. Recordemos que del examen de los índices hemos deducido la existencia de máximos de frecuencia para los períodos de 22 y de 60 horas, entre otros y mínimos para los de 18 y 54 en notable concordancia con los que ahora acabamos de obtener. La concordancia resalta todavía más si se tiene en cuenta que el método de los índices por su naturaleza no permite destacar sino períodos que difieran poco de múltiplos de 6 horas enmascarando los demás y que precisamente todos los períodos que ahora acabamos de obtener y que no se corresponden con los obteni-

dos por el método de los índices, difieren demasiado de múltiplos de 6. A los mismos resultados se llega comparando las curvas de probabilidad de persistencia.

J. M.^a JANSÁ

CUADRO 5

| Intervalos en horas | Número de veces calculado | Número de veces observado | Probabilidad de persistencia | Intervalos en horas | Número de veces calculado | Número de veces observado | Probabilidad de persistencia |
|---------------------|---------------------------|---------------------------|------------------------------|---------------------|---------------------------|---------------------------|------------------------------|
| 2 | 1080 | 1 | 0,993 | 42 | 0 | 2 | 0,846 |
| 4 | 76 | 12 | 0,911 | 44 | 0 | 4 | 0,636 |
| 6 | 5 | 18 | 0,854 | 46 | 0 | 0 | 1,000 |
| 8 | 0 | 17 | 0,838 | 48 | 0 | 1 | 0,857 |
| 10 | 0 | 12 | 0,864 | 50 | 0 | 2 | 0,666 |
| 12 | 0 | 10 | 0,868 | 52 | 0 | 1 | 0,750 |
| 14 | 0 | 9 | 0,864 | 54 | 0 | 0 | 1,000 |
| 16 | 0 | 7 | 0,877 | 56 | 0 | 0 | 1,000 |
| 18 | 0 | 2 | 0,960 | 58 | 0 | 0 | 1,000 |
| 20 | 0 | 5 | 0,896 | 60 | 0 | 2 | 0,333 |
| 22 | 0 | 8 | 0,814 | 62 | 0 | 0 | 1,000 |
| 24 | 0 | 2 | 0,943 | 64 | 0 | 0 | 1,000 |
| 26 | 0 | 1 | 0,970 | 66 | 0 | 0 | 1,000 |
| 28 | 0 | 3 | 0,906 | 68 | 0 | 0 | 1,000 |
| 30 | 0 | 3 | 0,897 | 70 | 0 | 0 | 1,000 |
| 32 | 0 | 5 | 0,893 | 72 | 0 | 0 | 1,000 |
| 34 | 0 | 6 | 0,714 | 74 | 0 | 0 | 1,000 |
| 36 | 0 | 2 | 0,867 | 76 | 0 | 0 | 1,000 |
| 38 | 0 | 0 | 1,000 | 78 | 0 | 0 | 1,000 |
| 40 | 0 | 0 | 1,000 | 80 | 0 | 1 | 1,000 |

Trabajos del Instituto Español de Oceanografía

El Director de la Estación Biológica de Palma ha tenido el buen acuerdo de remitir a este Ateneo un lote de diez publicaciones relativas a estudios oceanográficos de los muchos que se realizan en dicho importante centro científico.

El Ateneo acepta y agradece gustosísimo el cambio con la **REVISTA DE MENORCA** que propone el Director de la mencionada Estación Biológica, seguro de que en los trabajos que ha de ir remitiendo habrá de encontrarse abundante material de estudio y datos siempre interesantes para Menorca, ya que siendo el mismo mar y las mismas o muy parecidas condiciones biológicas las de una y otra isla, dada su proximidad, será aplicable a Menorca buena parte de lo que allí se estudie.

M. MASSUTÍ ALZAMORA. — INICIACIÓN AL ESTUDIO DE LOS INFUSORIOS DE LA BAHÍA DE PALMA DE MALLORCA.

Dos folletos. En el primero, después de unas consideraciones preliminares y de la exposición de la técnica seguida, describe 17 géneros y 27 especies, apareciendo cinco como dudosas.

En el segundo, figuran 26 géneros y 37 especies, dos de éstas dudosas.

M. MASSUTÍ ALZAMORA. — EL PLANKTON DE LA BAHÍA DE PALMA DE MALLORCA.

Comprende un registro de 37 pescas en el año 1929, especificando el día, hora, temperatura del agua, estado del mar, clase de viento, etc., varios cuadros donde puede verse claramente la distribución de Diatomeas, Radiolarios, etc. y la mayor o menor abundancia de ejemplares en los diferentes meses del año. Se anotan 39 Diatomeas, 1 Cloroficea, 1 Prorocéntrido, 8 Dinofriáceas, 26 Peridiniales, 3 Foraminíferos, 11 Radiolarios, 21 Fintínnidos, 1 Sifonóforo, 1 Tenóforo,

1 Quetognato, Poliquetos (algunas formas no determinadas), Distómidos (idem), 14 Copépodos determinados, 1 Cladóce-ro, 1 Pterópodo. Las diversas formas de Apendicularias, 8 formas larvarias determinadas y algunos estados postlarva-rios.

Termina el trabajo con un resumen o visión de conjunto, en el que se ve un cuadro de la distribución de los grupos y un gráfico de la curva de temperatura del agua superficial de la bahía de Palma.

FRUTOS A GILA Y ESTEBAN.— VARIACIONES SALINAS DEL AGUA DEL MAR DE LA BAHIA DE PALMA DE MALLORCA (1912-1916).

Los numerosos datos que figuran en este trabajo corres-ponden a un período de cinco años, tomados diariamente a las ocho de la mañana en la *Estación O (St. O; boya del bajo de Corp-Marí)*.

Estúdiase el tanto por ciento de la salsedumbre, agrupán-dolo por años, meses, días y profundidades, así como la in-fluencia de los factores topográficos, oceanográficos y meteo-rológicos en las variaciones del régimen salino. El autor cree que el régimen de variaciones salinas es puramente local y no afecta para nada al régimen general de variaciones salinas de la bahía en su total extensión.

P. NAVARRO (F) Y MASSUTÍ (M).— OCEANOGRAFÍA, PLANCTON Y PESCA EN LA BAHIA DE PALMA DE MALLORCA EN 1928 (publicado en 1929).

Un capítulo dedicado a meteorología con gráfico de los promedios mensuales de la temperatura y otros de pluviome-tría. Siguen estudios de densimetría y gráficos de tempera-turas.

A continuación un capítulo muy importante dedicado a las especies planctónicas recogidas, seguido de otro en que se describen las pescas del año 1928. Termina con un apéndice en que se registran las operaciones realizadas.

P. NAVARRO (FRANCISCO DE).—RÉGIMEN TÉRMICO DE LA BAHIA DE PALMA (1930).

Estudios meteorológicos con cuadros numéricos y polígonos de frecuencia del viento. Un capítulo dedicado al régimen térmico marino, terminando con el apéndice registro de las operaciones llevadas a cabo.

P. NAVARRO (FRANCISCO DE).—ESTUDIOS SOBRE LOS CLUPÉIDOS DE BALEARES.

Este trabajo está distribuido en dos folletos: El primero dedicado a los estados jóvenes de la sardina (*Clupea pilchardus* Walb) (1926) y el otro a la *Sardinella aurita*, llamada en Baleares: *alatxa*.

Son estudios muy interesantes, no sólo para los profesionales en Ictiología, sino para los aficionados, pescadores y todo aquel que se interese por las cuestiones del mar. Al final de cada folleto hay abundante bibliografía.

P. NAVARRO (FRANCISCO DE) Y FRUTOS A GILA.—LA SALINIDAD DEL AGUA DE LA BAHIA DE PALMA DE MALLORCA EN 1929 Y NUEVOS DATOS SOBRE DENSIMETRIA DEL AGUA DEL MAR (1930).

Numerosos datos, estudios y consideraciones sobre la salsedumbre (nos resistimos a emplear el galicismo tan repetido de *salinidad* porque disponemos en nuestro idioma de la palabra salsedumbre). Un capítulo sobre densimetría y un apéndice.

FRANCISCO DE P. NAVARRO.—OBSERVACIONES SOBRE EL MAR MENOR (1927).

Este trabajo es fruto de una campaña científica que llevó a cabo una Comisión especial de la que formaba parte el autor y que, por orden de la Superioridad, tenía que hacer « el estudio de las encañizadas que el Estado posee en el Mar Menor, bajo los aspectos científico, técnico y económico, con

objeto de deducir si sería conveniente variar el sistema actual de explotación de estos pesqueros, para ver de obtener de ellos mayores rendimientos y sentar las reglas de la posible instalación de una piscifactoría ».

Comprende consideraciones generales oceanográficas y biológicas, referencias bibliográficas, datos sobre la despoblación del Mar Menor, estadísticas de producción, consideraciones sobre el problema de las encañizadas, y una porción de datos sobre las principales especies de peces. Se capturan allí unas 30 especies.

Trata de la repoblación y medios para conseguirla, terminando con un plan para los estudios futuros.

Es un estudio interesante, sobre todo para Cartagena y alrededores.

E. C.

Resumen correspondiente al mes de noviembre de 1930

| DÉCADAS | BARÓMETRO, EN mm y a 0° | | | | | | TERMÓMETROS CENTÍGRADOS | | | | | | PSICRÓMETRO | | |
|-----------------|-------------------------|------------------|---------------|-------|---------------|-------|-------------------------|------------------|--------------------|-------|--------------------|-------|--------------------|-------------------|--------------------|
| | Altura media | Oscilación media | Altura máxima | Fecha | Altura mínima | Fecha | Temperatura media | Oscilación media | Temperatura máxima | Fecha | Temperatura mínima | Fecha | Oscilación extrema | Temperatura media | Humedad rel. media |
| 1. ^a | 760.2 | 4.3 | 769.9 | 9 | 747.1 | 4 | 16.4 | 6.5 | 22.0 | 1 | 9.6 | 9 | 12.4 | 72 | 10.0 |
| 2. ^a | 764.7 | 2.5 | 771.5 | 13 | 761.8 | 20 | 15.2 | 8.3 | 21.8 | 18 | 8.1 | 15 | 13.7 | 72 | 9.2 |
| 3. ^a | 757.2 | 4.2 | 765.0 | 23 | 745.1 | 28 | 18.1 | 5.8 | 22.6 | 21 | 13.0 | 24 | 9.6 | 75 | 11.1 |
| Mes | 760.7 | 3.7 | 771.5 | 13 | 745.1 | 28 | 16.5 | 6.9 | 22.6 | 21 | 8.1 | 15 | 14.5 | 73 | 10.1 |

| DÉCADAS | ANEMÓMETRO | | | | NUBOSIDAD | | DIAS DE | | | | | | DIAS | | Lluvia total, en milímetros | | Lluvia máxima en un día | | FECHA | | | | | | |
|---------------------------|----------------------|----|-----|--------------------------------|------------------------|-------|------------|---------|-----------|--------|--------|-------|----------|-------|-----------------------------|-----------|-----------------------------|-------------------------|---------|--------|--------|-------|----------|-------|---------|
| | DIRECCIÓN DEL VIENTO | | | | Nubosidad media diaria | | Despejados | Nubosos | Cubiertos | Lluvia | Niebla | Rocío | Escarcha | Nieve | Granizo | Tempestad | Lluvia total, en milímetros | Lluvia máxima en un día | | | | | | | |
| FRECUENCIA DE LOS VIENTOS | | | | Velocidad media en m. por seg. | | Horas | | | | | | | | | | | | | Minutos | Lluvia | Niebla | Rocío | Escarcha | Nieve | Granizo |
| N | NE. | E. | SE. | S. | SW | | W. | NW | | | | | | | | | | | | | | | | | |
| 1. ^a | 3 | 1 | 0 | 0 | 1 | 2 | 2 | 4.2 | 5 | 26 | 1 | 5 | 4 | 3 | 0 | 1 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 4.1 | 2.1 | 4 |
| 2. ^a | 4 | 0 | 0 | 0 | 0 | 3 | 1 | 4.1 | 4 | 37 | 5 | 4 | 1 | 0 | 0 | 8 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | » | » | » |
| 3. ^a | 1 | 0 | 0 | 1 | 2 | 6 | 0 | 4.8 | 5 | 10 | 2 | 4 | 4 | 1 | 0 | 7 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0.0 | 0.0 | 28 |
| Mes | 8 | 1 | 0 | 1 | 3 | 10 | 4 | 4.4 | 5 | 64 | 8 | 13 | 9 | 4 | 0 | 16 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 0 | 4.1 | 2.1 | 4 |

J. M.^a JANSÁ, Jefe del Observatorio

REVISTA DE MENORCA

Año XXXIV

(Quinta época)

TOMO XXV = 1930

Indice alfabético, por autores, de las materias contenidas en este tomo.

| | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| ALEJANDRE MONJO (PEDRO).—Memoria de Secretaría leída en la sesión de apertura del Curso Académico de 1930 a 1931, celebrada en el Ateneo | 289 |
| ALEMANY VALENT (JUAN).—En las Bodas de Plata del Ateneo. | 169 |
| ANÓNIMO.—Relatio y Drama sobre la Conquista de Menorca per el Rey N'Anfos de Aragó | 74 y 97 |
| BALLESTER (PEDRO).—En las Bodas de Plata del Ateneo. Anécdota de la fundación | 172 |
| BOUQUET (HENRI).—Orfila | 181 |
| CARDONA (PEDRO M. ^a).—En las Bodas de Plata del Ateneo | 163 |
| CASTAÑOS (EMILIANO).—Las lagartijas negras de Menorca | 53 |
| ——— <i>Bibliografía</i> .—Boletín del Instituto Geológico de España ; tomos correspondientes a 1921, 1923, 1926 y 1927 | 125 |
| ———Las Bodas de Plata del Ateneo | 168 |
| ——— <i>Bibliografía</i> .—Voyage entomologique aux îles Baléares. Las monas de Gibraltar | 218 |
| ——— <i>Bibliografía</i> .—Folletos relativos a estudios oceanográficos realizados en la Estación Biológica de Palma de Mallorca | 275 |
| COLORADO (DOMINGO).—En las Bodas de Plata del Ateneo | 169 |
| COTRINA (JOSÉ).—Iglesia y exconvento de Ntra. Sra. del Socorro (El Socós) por don José Cavaller Piris | 55 |
| ———En las Bodas de Plata del Ateneo. Gratitud y estímulo | 171 |
| ——— <i>Bibliografía</i> .— <i>L'Asie mineure en ruines</i> , por Saturnino Ximénez. <i>Le Coeur en voyage</i> , por Jane Gernandt-Claine. Producciones de don Enrique Fajarnés y Tur. Artículos del escritor costumbrista Emiliano de Amaga | 283 |
| ———La Historia de la Isla de Menorca publicada en Londres por Mr. Juan Armstrong | 220 |
| ———Impresiones de un viaje por España. | 321 |

| | |
|--|---------|
| FAJARNÉS Y TUR (ENRIQUE).—Documentos sobre numismática mallorquina | 57 |
| ———Desacato a Raymundo Lulio en la iglesia de Valldemosa | 65 |
| ———Epidemiología mallorquina | 119 |
| ———La obra cultural del Ateneo de Mahón | 164 |
| ———Formación de ordenanzas en Mallorca arregladas en todo a las leyes y gobierno de Castilla | 206 |
| ———Trabajos en España contra la ciencia y doctrina de R. Llull. | 273 |
| FELIU (JOSÉ).—Las Bodas de Plata del Ateneo | 167 |
| FERNÁNDEZ SARDINA (ENRIQUE).—En las Bodas de Plata del Ateneo | 171 |
| FERRER ALEDO (JAIME).—El Ateneo de Mahón. (En sus Bodas de Plata) | 174 |
| ———Catálogo de los peces de Menorca | 225 |
| GARCÍA-PARREÑO (GUILLERMO).—En las Bodas de Plata del Ateneo | 165 |
| QUITET-VAUQUELIN (PIERRE).—Un grand français... espagnol | 261 |
| HERNÁNDEZ SANZ (FRANCISCO).—Véase : ANÓNIMO.—Relatio y Drama sobre la Conquista de Menorca per el Rey N'Anfos de Aragó | 74 y 97 |
| ———Sobre enterramientos de soldados franceses en las islas Baleares | 129 |
| ———En las Bodas de Plata del Ateneo | 173 |
| JANSÁ (JOSÉ M. ^a).—Observaciones meteorológicas correspondientes a 1930 : | |
| Resumen de Enero | 32 |
| Id. de Febrero | 64 |
| Id. de Marzo | 96 |
| Id. de Abril | 128 |
| Id. de Mayo | 191 |
| Id. de Junio | 192 |
| Id. de Julio | 224 |
| Id. de Agosto | 260 |
| Id. de Septiembre | 288 |
| Id. de Octubre | 320 |
| Id. de Noviembre | 379 |
| Id. de Diciembre | 380 |
| ———Contribución al estudio de la Tramontana (Frecuencia) | 211 |
| ——— Id. id. id. (Duración) | 268 |
| ——— Id. id. id. (Duración) | 372 |

| | |
|---|---------|
| LAFUENTE VANRELL (LORENZO).— <i>El Ateneo en el porvenir.</i> (En sus Bodas de Plata) | 185 |
| LLANSÓ (FEDERICO).—Las Bodas de Plata del Ateneo | 167 |
| MANERA (JUAN).—Breve estudio geológico de la Isla de Me- norca | 40 |
| MARTÍNEZ SANTA OLALLA (JULIO).—El origen de la columna mediterránea | 7 |
| MERCADAL DE AGUINAGA (MARÍA).—En las Bodas de Plata del Ateneo | 170 |
| MERCADAL (JOSÉ M. ^o).—En las Bodas de Plata del Ateneo | 169 |
| NAVARRO SALVADOR (EDUARDO).—De toda actualidad Sellos Goya | 215 |
| PONS CATALÁ (CLEMENTE).—En las Bodas de Plata del Ateneo. | 168 |
| PONS MOLL (JUAN).—Estadística de las reses sacrificadas en el Matadero público de esta Ciudad (peso en canal) durante los años de 1900 a 1929 | 29 |
| ——Ganado sacrificado en el Matadero Público de esta Ciu- dad, durante el año 1929 | 30 y 31 |
| PONS TORTELLA (EDUARDO).— <i>Bibliografía</i> : « La Vie et l'occu- vre d'Orfila » por M. Amédée Fayol | 282 |
| † RAMIS RAMIS (JUAN).—Trajedia intitulada « La Zelmira ». (Continuación) | 193 |
| REDACCIÓN.—Las Bodas de Plata del Ateneo | 161 |
| ——Monumento a Orfila. | 176 |
| ——La reforma constitucional por J. Massanet. Volumen nú- mero 15 de la « Biblioteca de Ensayos » | 222 |
| RIPOLL (PEDRO).—En las Bodas de Plata del Ateneo. | 170 |
| TALTAVULL (ANTONIO).—Cartilla apícola | 20 y 33 |
| ——Las Bodas de Plata del Ateneo | 165 |
| VICTORY (ANTONIO).—En las Bodas de Plata del Ateneo | 175 |
| ——Mahón en la política naval | 265 |
| ——El Ateneo de Mahón en sus veinticinco primeros años de existencia. (Discurso de apertura del curso de 1930 a 1931 | 294 |
| TALTAVULL (JUAN F.).—En las Bodas de Plata del Ateneo | 167 |
| * * *.—Un conflicto entre el Ayuntamiento de Mahón y don Vi- cente de la Fuente | 87 |

